



LAS PAROLAS DE GAS:

**nostalgia
de una Barcelona
pretérita**



Recopilación de los modelos, dibujos y comentario:
Manuel García-Martín

Texto: Josep M^º Espinàs

Maqueta: Miquel Puente

Coordinación: Agencia de Publicidad Seix Barral, S. A.

Impreso en los talleres de I. G. Seix y Barral Hnos., S. A.

Editado por:
CATALANA DE GAS Y ELECTRICIDAD, S. A.

AQUELLA BARCELONA QUE ESTRENABA EL GAS...

EL ESPÍRITU DE UNA ÉPOCA

La palabra **gas** —tan sencilla, tan conocida hoy en todo el mundo— tiene un origen dudoso, pero es atribuida al flamenco Jan Baptista Helmont, nacido en Bruselas en 1577 y fallecido en 1644. Médico, filósofo, investigador en muy diversos campos, de la misma manera que vivió a caballo de dos siglos representó también la transición entre la vieja alquimia y la nueva química. Mientras calentaba materiales en un crisol, descubrió que de ellos se desprendía un “espíritu” —en flamenco **geest** (inglés: **ghost**; alemán: **geist**)— y éste sería el punto de partida de la palabra **gas**.

La explicación es sugestiva, pues sin duda alguna el **gas** fue verdaderamente el espíritu de una época, y el símbolo de una serie de impulsos de una civilización. En todo caso, cuando todo ha cambiado tanto, en los faroles de **gas** que se conservan en las calles y plazas de Barcelona hallamos todavía el espíritu de la ciudad de hace treinta años.

La obtención del **gas** mediante la destilación de la hulla ya era conocida en el siglo **xvii**, pero su producción industrial, y por lo tanto su utilización como combustible, sólo se consiguió en las postrimerías del siglo **xviii** y principios del **xix**. Le Bon en Francia, Minckelers en Holanda y Murdock en Inglaterra son los autores de las primeras aplicaciones importantes. Las prioridades son discutibles, porque los experimentos se multiplican rápidamente. Murdock iluminó su casa por primera vez en el año 1792, y seis años más tarde instaló la iluminación de una fundición; el americano Daniel Melville puso luz en 1812 en su casa y en su calle de Newport; en 1823 funcionó por primera vez el alumbrado en las calles de Dresden, Alemania, pero es sobre todo en Inglaterra donde el **gas** se impone más de prisa: en el año 1829 ya existían más de 200 fábricas.

Es lógico que en Inglaterra el **gas** triunfara rápidamente, si tenemos en cuenta tres factores: las grandes explotaciones de carbón ya existentes, la cantidad de industrias que necesitaban mucha luz y las pocas horas de luz natural en aquella latitud.

Los primeros quemadores fueron muy sencillos —en Estados Unidos, donde desde el principio se utilizó el **gas** natural, se quemaba directamente al aire libre— y poco a poco fueron perfeccionándose, en busca de un rendimiento luminoso mayor. La revolución definitiva la consiguió el austríaco Carl Auer, al idear la camiseta de óxido de torio; la camiseta “Auer” significó el descubrimiento de las materias incandescentes, gracias a las cuales se obtenía mayor cantidad de luz con el mismo consumo de **gas**.

CANDELAS Y LÁMPARAS DE ACEITE

Barcelona es la primera ciudad española en la que el **gas** es utilizado para el alumbrado. La experiencia inicial tiene la fecha de 24 de junio

de 1826, cuando Josep Roura, profesor de la Escuela de Química creada por la Real Junta Particular de Comercio enciende un farol en la Casa de la Lonja. Pero de hecho el alumbrado de gas no se implanta en Barcelona hasta que el francés Charles Lebon (que no debe confundirse con el Le Bon citado anteriormente) obtiene el permiso del Ayuntamiento en el año 1841 y se pone en marcha en 1842.

Es el momento, ahora, de evocar qué clase de luz había en aquella Barcelona inmediatamente anterior a la adopción del gas.

Prácticamente, el alumbrado público se reducía a las lámparas de aceite, y el privado utilizaba además del aceite las candelas. En muchas casas, el aceite fue sustituido por el petróleo antes de la difusión del gas.

En la ciudad, la operación de dar luz cuando caía la tarde —o cuando el día era oscuro— no resultaba nada fácil. El campesino lo tenía resuelto gracias al rescoldo permanente del hogar, pero en un piso este fuego constante no existía; de manera que todos los días tenía que “hacer fuego”. (Tenía una explicación práctica la piadosa costumbre de mantener encendida toda la noche, ante una imagen religiosa, la mariposa que producía una pequeña llama en un vaso de agua y aceite: si se presentaba una necesidad urgente, se disponía de un punto de luz en la oscuridad.)

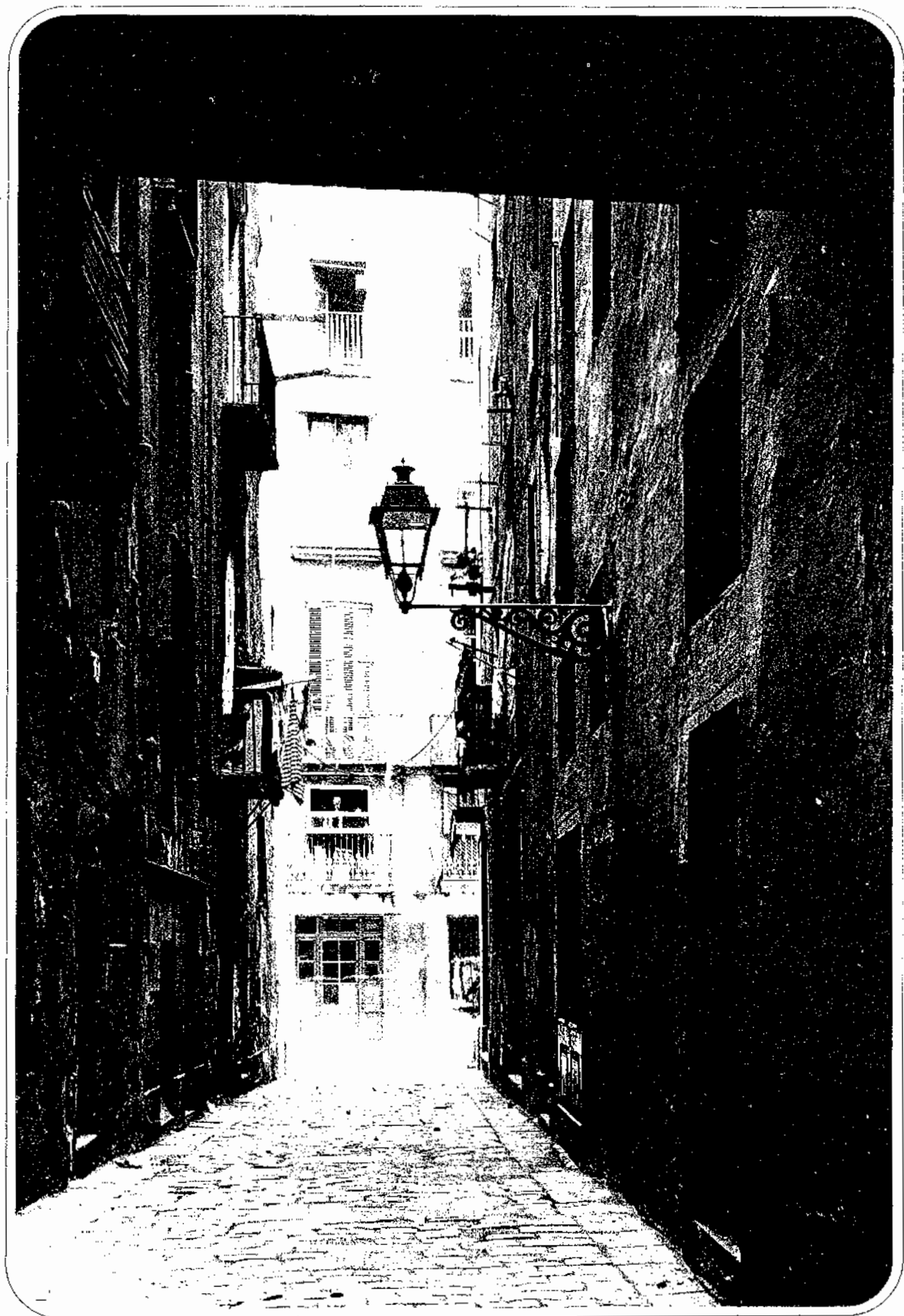
En pleno siglo XIX el sistema de hacer luz era complicado: se golpeaba un trozo de acero llamado eslabón contra un pedernal, y en medio se colocaba un pedacito de yesca; cuando se encendía, se aplicaba una paja —trozo de cáñamo retorcido— y con la paja encendida se pasaba la llama a la candela o a la lámpara. Es fácil comprender que la aparición de las cerillas constituyó una verdadera revolución.

Existían candelas de diario y candelas de lujo. Las corrientes eran de sebo, duraban poco y producían mucho tufo. Las de cera se reservaban para los comercios —a fin de no “ofender” al cliente—, las iglesias, los salones de las casas distinguidas, para las fiestas y para recibir a las visitas de compromiso. También eran refinadas las velas (en catalán **espelma**, nombre derivado del esperma de ballena con el cual se hacían), y la más moderna creación en este campo eran las candelas de estearina, que daban una luz más blanca, sin olor, y eran baratas.

Las candelas se colocaban en candelabros, ciriales o palmatorias, que se ponían sobre toda clase de mesitas y rinconeras, y a veces en las cornisas de los salones señoriales. Las grandes piezas de iluminación, sin embargo, eran las “arañas”, de uno o dos círculos, que aguantaban los candeleros, adornadas con tiras de prismas de cristal que descendían desde la punta superior hasta los círculos y luego se recogían formando aproximadamente una media esfera. Las había de todos los tamaños —algunas con más de treinta candeleros— y a menudo los lágrimas de cristal eran de colores. El **salamó** se distinguía de la araña porque tenía brazos, normalmente de metal o de madera.

Los prismas servían para multiplicar la reflexión de la luz, y la misma función tenían los espejos y las cornucopias, delante de los cuales se solía colocar los candelabros.

El aceite era, desde luego, más popular y ardía gracias a la mecha de las lamparillas. La variedad de las clásicas candelas —que todavía pueden encontrarse en casa de los anticuarios y que además se siguen fabricando como elementos decorativos— era notable, tanto por el tamaño como por el número de mecheros; de vez en cuando era menester limpiar los pabilos con unas tijeras y estirar la mecha con



Arco de Bufaralla



Plaza del Padró.
Fuente de Sta. Eulalia

pinzas. Muchas lámparas tenían una pantalla orientable a fin de dirigir la luz o evitar el deslumbramiento. La decadencia de las candelas se debió al invento del señor Quinquet, que hizo famosa la palabra “quinqué”. Los quinqués de aceite se convirtieron luego en quinqués de petróleo, y después de gas, de manera que la forma persistió — aún hoy se fabrican quinqués eléctricos — a pesar de que cambiara la fuente de luz.

En las calles, en cambio, la adopción del gas sí modificó radicalmente la situación y el diseño de los puntos de luz.

Las lámparas de aceite, que eran las habituales en las vías públicas, estaban adosadas a las paredes o colgaban en mitad de la calle. La introducción de modelos de faroles de aceite perfeccionados — los reverberos, que reflejaban la claridad con mayor eficacia — no había modificado los emplazamientos, al menos en las calles ciudadanas. Los faroles de aceite eran colgados bastante arriba con el fin de que nadie pudiese alcanzarlos y de que los carruajes que llevaban una carga alta pudiesen pasar por debajo sin dificultad. Por medio de una percha los encargados del servicio hacían bajar los faroles para limpiarlos, pues los vidrios quedaban a menudo ahumados, para colocar el aceite y encenderlos. Comparándolos con el antiguo alumbrado de candeleros — más complicado, todavía, y mucho más pobre —, los reverberos de aceite eran un acierto indiscutible, pero un informe de la época se equivoca cuando afirma que “no es imaginable que el futuro nos pueda ofrecer una solución mejor”. No habían de pasar muchos años para que el gas se aplicara en la iluminación y se produjera una profunda revolución en el alumbrado público.

Ya no sería necesario llenar diariamente de aceite los depósitos; la luminosidad sería mucho más potente, la conservación mucho más sencilla, el encendido mucho más fácil y rápido y, aparte estas ventajas prácticas cambiaría totalmente, como decíamos, la disposición del alumbrado.

Como el gas era conducido por tierra, los faroles colgados en medio de la calle ya no tenían ninguna justificación, y fue un condicionamiento técnico — la red subterránea de distribución del gas — lo que hizo nacer el candelabro, la columna luminosa. Con esta innovación — que todavía hoy sigue vigente — las ciudades adquieren una nueva fisonomía, y los faroles de pie se convierten en elementos incorporados a la estética urbanística.

NACE LA “MÁGICA LUZ”

En 1841 es aprobado el Reglamento de la “Sociedad Catalana para el alumbrado por gas” — la fundación oficial de la Empresa es del 28 de enero de 1843 — y la primera referencia pública sobre este sistema de alumbrado puede leerse en “Diario de Barcelona” del 8 de agosto de 1842: “Hemos visto con mucho gusto alumbrados anoche por el gas los dos faroles que hay delante de Santa María, por lo que se habrán convencido los semi-sabios de ciertos barrios de que las leyes de la física no son otras en Barcelona que en las demás partes de Europa. A pesar del aire atmosférico con que debía venir mezclado este primer gas, pues encontraría el que debe quedar en el gasómetro y en los tubos, ya despedía esa mágica luz sin mecha que ni el viento ni la lluvia apaga, y se quita en un solo instante en cerrando la comunicación del gasómetro con el primer tubo”.

Y el día 3 de noviembre se da esta noticia: “Las calles de Barcelona han estado cuajadas de gente. Al anochecer la Rambla ha aparecido alumbrada por primera vez por el gas, y el resplandor de los candelabros daba a este paseo el aspecto de una iluminación de fiesta”. “Casi todas las tiendas participarán de la corriente gaseosa. Al lado de estos candelabros, los faroles antiguos parecen moribundos”.

La primera fábrica de gas se había construido en los mismos terrenos en que está hoy la fábrica de la Barceloneta, y la fecha oficial de la fundación de la “Catalana” es la del 28 de enero de 1843.

Es curioso anotar los nombres de los primeros abonados:

Bonaventura Roig, tendero de la calle del Call, nº 18.

Joan Doriment, quincallero, calle de Escudillers, nº 55.

Francesc Antich, sastre.

Carles Fortis, y Compañía, maître del hotel Cuatro Naciones, de la Rambla.

Los trabajos de canalización del gas avanzan rápidamente, porque las diversas calles de la ciudad reclaman su instalación. Y junto a este servicio cotidiano, el alumbrado por gas se convierte en la gran atracción de algunas fiestas y días especiales.

Los bailes de Carnaval que se celebran en 1852 en la Lonja, por ejemplo, tienen como protagonista una gran lámpara de 191 pitones.

La fachada del Ayuntamiento, como es natural, es objeto de espectaculares iluminaciones con motivo de determinadas solemnidades, y se aprovechan las fiestas de la Merced para instalar combinaciones de luces de gas en las calles, porches, frontis de comercios, etc. El 24 de septiembre de 1871 destacó la iluminación a la veneciana de la Rambla y el Paseo de Gracia.

LA SOCIEDAD BARCELONESA

El triunfo del gas era total. Pero treinta años antes, cuando la prensa daba la noticia de que se habían encendido los primeros faroles delante de Santa María del Mar, ¿cómo era Barcelona? La novedad del gas ¿se producía en una ciudad que decaía o en una ciudad en expansión? ¿Qué hechos podrían ayudarnos ahora a imaginar aquella Barcelona? Son unos años decisivos, porque se ponen las bases de la moderna economía catalana y se manifiesta lo que se ha denominado la revolución burguesa en Cataluña. Se multiplican las empresas industriales, comerciales y financieras, y los diversos estamentos sociales que se habían mantenido bastante estables hasta entonces comienzan a modificarse y a adaptarse a las nuevas realidades. La auténtica definición de la mentalidad burguesa coincide, como explica Antoni Jutglar, con la fusión de gentes originarias de diferentes puntos y medios: nuevos ricos, antiguos miembros de la aristocracia mercantil, industriales surgidos de los efectos de la aplicación del vapor, tratantes en fincas urbanas, intermediarios e “indianos” procedentes de América. Unos eran hijos de ciudadanos, otros provenían del campesinado, pero el hecho es que pasados veinte años todo este núcleo — antes heterogéneo — tenía vida y mentalidad propias.

En otro nivel, el tradicional gremialismo ha ido desapareciendo, y los menestrales “han puesto en marcha la legión de tiendecitas, pequeños talleres y actividades diversas que fundamentaron uno de los

estamentos más ligados al país y más característicos de Cataluña. Gente trabajadora, con un gran sentido del ahorro y de la unidad familiar, fabrican calcetines o venden hilos y cintas, o hacen de marchantes en las ferias... y sin darse cuenta construyen una nueva mentalidad ciudadana. Fueron gentes que creyeron en la iniciativa privada y se manifestaron ardientes partidarios de la libertad; entre ellos surgieron los progresistas y republicanos más avanzados. Creyeron en la Democracia y la Constitución, y de hecho serán ellos quienes recogiendo unas ideas harán más amplios y generales los proyectos y las ilusiones de la **Renaixença Catalana**".

A pesar de los pronunciamientos, los cambios de gobierno y las restricciones políticas, tenían una gran fe en el futuro, y llevaron a cabo una gran actividad ciudadana. Recogían inquietudes y aficiones culturales y artísticas, visitaban exposiciones, iban al teatro —se había inaugurado el Liceo—, organizaban peñas, círculos, sociedades culturales y recreativas, salas de baile, entidades musicales...

Por lo que se refiere a los obreros que habían vivido y trabajado hasta 1840 sin ninguna protección eficaz en relación con el horario y las condiciones de trabajo, y que habían heredado una endémica indefensión ante las crisis colectivas, las enfermedades, la falta de trabajo, etc... comienzan a luchar por el derecho de asociación y se manifiestan los primeros intentos notables de mutualismo, discusiones de contrato de trabajo y, como consecuencia, huelgas. De todas maneras, se trata solamente de plantear una serie de reivindicaciones fundamentales, la consolidación de la clase obrera se producirá más tarde.

LA CIUDAD EN 1840 Y 1849

El "Manual del Viajero en Barcelona", de Ferran Patxot, publicado en 1840, es un document interessantísimo para conocer a aquella Barcelona.

"Si entra por la puerta de San Antonio le parece que la ciudad ha de ser exclusivamente industrial y manufacturera; si entra por la puerta del Ángel, creerá que debe ser esencialmente aristocrática; pero si por la puerta del Mar, todo allí es comercial y al mismo tiempo majestuoso. La Lonja, la Aduana, el Palacio, el Pórtico de Xifré; al norte el Jardín del General, junto al Paseo de la Explanada; al sur el magnífico paseo de la muralla del Mar; parece que se agolpa allí lo más vistoso de la ciudad para dar de ella una grande idea al viajero.

"Si se adelante después hasta la Rambla, nueva perspectiva agradable. Una larga calle de árboles, el movimiento de gente en la plaza del Teatro, la calle del Conde del Asalto, la de Fernando VII y la de la Unión; el hermoso empedrado, que puede competir con el de las primeras capitales de Europa; todo le hace persistir en la idea de que Barcelona es sin disputa una ciudad bellísima, digna de ser visitada y recordada."

Hay por entonces 237 abogados, incluidos magistrados y fiscales de Audiencia, 80 notarios, 60 procuradores causídicos, 7 hospitales, unos ciento veinte médicos, unas cuarenta parteras y unos cincuenta boticarios. Y menciona 23 fondas, 25 hostales, 414 tabernas, 62 cafés, 100 casas de huéspedes, 24 coches de alquiler, 106 tartanas, 20 galeras y 143 caballos y mulos de alquiler. Causa impresión, encuentro, que en el año 1826 entraran en el puerto de Barcelona 3.885 buques.

La reglamentación urbanística es muy clara: no se pueden construir casas de más de cuatro pisos, sin entresuelos en la parte exterior ni habitaciones a nivel más bajo que la calle; la altura máxima total permitida es de noventa y dos palmos en las calles estrechas y de noventa y siete en las anchas.

Nueve años más tarde, en 1849, se publica otro documento que tiene hoy en día un gran valor retrospectivo. Es el "Manual Histórico-Topográfico, Estadístico y Administrativo, o sea Guía General de Barcelona", obra de Manuel Saurí y Josep Matas. Como se comprende por el título, se habla de todo, y entresacamos las noticias que pueden dar una visión más plástica de la realidad ciudadana.

Barcelona tiene 164.000 habitantes, entre los que se cuentan los de los barrios de la Barceloneta, Gracia y San Bertrán. Un fenómeno bien significativo: en 1847, el padrón daba solamente 125.000 habitantes, de manera que en dos años la ciudad había crecido en cerca de 40.000 habitantes. ¡Un aumento aproximado del 30 por ciento! Como sea que se registraron sólo 4.685 bautizos contra 5.138 fallecimientos, era evidente que el crecimiento se debía a la inmigración, provocada en gran parte por la multiplicación de grandes talleres y fábricas de vapor. De los 1.500 estudiantes, mil eran forasteros.

La Barcelona de 1849 posee cinco trenes que salen diariamente hacia Mataró y que realizan el trayecto directo sólo en media hora; todos los días salen diligencias hacia Madrid, Lérida, Reus, Tarragona, Valencia y Zaragoza, y también ómnibus y tartanas hacia todas las poblaciones algo importantes de Cataluña.

Los establecimientos de baños tuvieron mucho éxito. En poco tiempo se instalaron siete, algunos a base de agua de mar, caliente o fría, y hasta incluso baños de vapor que se servían a domicilio en bañeras portátiles. Pero la información más pintoresca del "Manual" es probablemente la que se lee en el anuncio de un boticario. Resulta que los barceloneses que asistían al éxito del alumbrado de gas protegían su bienestar físico con las píldoras del Dr. Morison, el Recaud de los árabes, las grageas de salud del Dr. Frank, la Monesia del Dr. Derosne, la pasta de Regnaud, el bálsamo cativo Mangle de Guatemala contra el cáncer, la pomada escarocaporística contra los ojos de pollo y las pastillas de Sageobrist, que preservaban del cólera y que debían tomarse una al desayunar, otra al mediodía y otra por la tarde...

AÑOS DE INNOVACIONES

Los precedentes de la fotografía llegan a Barcelona a partir de 1838, cuando el señor Alabern, seguidor de Daguerre, hizo las primeras pruebas eligiendo como tema el edificio de la Lonja y los porches de Xifré; la operación para obtener esas "vistas" fue muy complicada, y como duraba mucho y la gente se iba congregando, atraída por la curiosidad, hubo que llamar a los soldados para que pusieran orden.

Otra de las novedades científicas, en aquella época, fue la anestesia. El primer intento acabó mal a consecuencia de una excesiva administración de vapor de éter, y el Dr. Mendoza explicó que "no pretendía inculpar a nadie (pues eran los auxiliares los que se habían equivocado) ni declinar la responsabilidad que sobre él pesaba por no haber tomado precauciones esquisitas sobre este nuevo modo de propinar el éter; proponíase únicamente preservar de un injusto



vituperio este reciente descubrimiento, de que era posible abusar como de todas las cosas”.

No debe ser por casualidad que la expansión del gas coincidiera con la expansión de la ciencia y de la economía. La Academia de Medicina y Cirugía se había fundado en 1830; la Sociedad Económica de Amigos del País nacía en 1834 y la Academia de Jurisprudencia y Legislación en 1840; se habían reorganizado la de Ciencias Naturales y la de Bellas Artes.

En cuanto a los periódicos, la libertad de prensa favoreció su auge; además del veterano “Diario de Barcelona” salen — los títulos son bien significativos — “El Fomento” (aparecido en 1845); “El Barcelonés”, del mismo año, que es “político, liberal, mercantil, industrial, literario y de avisos”; “El Bien Público”, órgano del Instituto Industrial de Cataluña (1849); “El Locomotor” (1849) — en este caso “político, religioso, industrial, literario y de avisos” — y los semanarios “El Bañista”, de medicina; “El Cultivador”, de agricultura; “La Antorcha” — semanario enciclopédico de ciencias, bello sexo, artes, industria y literatura” (1848) —; “El Payaso”, “festivo y literario, de amenidad y recreo”; “El Contemporáneo”, que se dedica a la filosofía, la ciencia y la literatura, y la “Miscelánea”, de artes y oficios, agricultura, economía doméstica, rural e industrial, y medicina popular. Todos nacen en 1849, siete años después de que se encendieran los primeros faroles en Barcelona.

PROGRESO INDUSTRIAL

La coincidencia de datos sigue siendo ilustrativa, pues en 1838 Nicolau Tous fundó un taller completo de maquinaria para hilaturas, que al fusionarse después con el de Valentí Esparó dará vida a “La Maquinista Terrestre y Marítima”. En 1839 les hermanos Muntadas unificaban diversas fábricas y el proceso había de abocar, en el año 1847, en la creación de “La España Industrial”. Es la época en que aparece una serie de industriales y hombres de negocios — Joan Güell i Ferrer, Bosch Labrús, Torelló, los hermanos Batlló, los Girona, Miquel Biada, etc. — que ponen los cimientos de la Cataluña fabril contemporánea.

La revolución del gas y de la industria textil van estrechamente unidas. Hacia 1840 había en Cataluña 4.583 fábricas; el vapor comenzaba a dominar como fuerza motriz por encima de la hidráulica. La industria catalana quiso demostrar en 1844 a la reina-madre María Cristina — que a su regreso a España había de pasar por Barcelona — la importancia que estaba adquiriendo y para ello organizó una gran Exposición Industrial, que presentaba una impresionante variedad de muestras. A partir de 1842 el proceso se aceleró, gracias sobre todo a la decisión inglesa de permitir la exportación de maquinaria. Con las nuevas “mulljennies” y “selfactines” se consiguió que la industria algodonera catalana, a mediados del siglo XIX, fuese la más importante de Europa después de la inglesa y la francesa.

Hemos mencionado hace poco el nombre de Miquel Biada. Este hombre de Mataró, que se enriqueció negociando con América, proyectó en 1846 el ferrocarril Barcelona-Mataró. El transporte en tren, por tanto, es otro de los fenómenos contemporáneos del alumbrado por gas. Falto de ayuda estatal, Biada consiguió la colaboración de los

financieros barceloneses con el objetivo de constituir una Compañía que construyera este ferrocarril. Otro comerciante catalán, Josep Roca, establecido en Londres —la locomotora era un reciente invento inglés— gestionó la aportación de capital de aquel país. Pese a que las obras comenzaron inmediatamente, Biada falleció antes de que concluyeran. La inauguración de la línea ferroviaria, la primera de España, tuvo lugar el 28 de octubre de 1848.

Otro progreso más se hermana con el del gas: el de la marina catalana ochocentista. Es cierto que hacia finales de siglo la marina decae, pero por los años de 1850 su esplendor es evidente. (Precisamente en esa fecha, 1850, se inicia la utilización de la marina de vapor, que se irá imponiendo poco a poco.) La navegación a vela conoce la prosperidad, gracias a que los capitanes de la costa catalana se deciden a emprender el comercio con las antiguas colonias, aunque no existen todavía relaciones oficiales. No hay que decir que de Barcelona salen numerosos veleros, pero es general la movilización en todo el litoral. Destacan Blanes, Arenys de Mar, Mataró, Vilasar, Masnou. Sólo en Masnou había 500 patentes que creditan la propiedad de idéntico número de navíos.

Esta sugestión del mar, acrecentada por su rendimiento económico, explica que las casas edificadas por el comerciante Xifré —la gran novedad monumental de la época, cerca de la plaza de Palacio— presentasen en la fachada las efigies de Elcano, Colón, Magallanes, Ercilla y Pizarro, y además se añadiesen delfines, anclas, tridentes y otros símbolos marineros. La Barcelona del gas es la de la arquitectura neoclásica: la de las casas de Xifré, la de la Plaza Real —que se construye entonces en el solar en que existió un convento de capuchinos—, la de la plaza de Medinaceli... Las dos fueron proyectadas por Daniel Molina.

Está a punto de florecer la tendencia medievalista, que será la incorporación del movimiento romántico en la arquitectura, pero cuando se impone ya es demasiado tarde para salvar una serie de monumentos románticos o góticos que hasta entonces se habían abandonado con menosprecio.

RENACIMIENTO CATALÁN

En el ámbito cultural se da una manifestación importantísima, que ilumina el espíritu de Cataluña casi paralelamente a la revolución que en el aspecto ciudadano significa la aparición del gas. Se trata de la llamada **Renaixença**, es decir Renacimiento.

El escocés Walter Scott, novelista histórico, influye en los escritores catalanes y se pone en marcha un movimiento de idealización romántica que se concreta en diversos géneros literarios. En 1836 se publica una obra básica en este sentido: “Los condes de Barcelona vindicados”, de Pròsper de Bofarull; esta obra, fruto de exigentes investigaciones, está escrita con un riguroso método histórico.

Bonaventura Aribau había escrito la famosa “Oda a la Pàtria” en 1833, con lo que se iniciaba la recuperación pública y literaria del catalán, que se afianzará con “Lo Gayter del Llobregat” (El Gaitero del Llobregat) de Rubió i Ors. Le siguen un grupo de jóvenes poetas y se multiplican los temas históricos y patrióticos. Milá i Fontanals, erudito y maestro de Menéndez y Pelayo, tiene muy en cuenta la literatura catalana en su “Arte poética” (1843), y Víctor Balaguer

muestra su fuerza apasionada a través de versos, novelas, historias, obras de teatro, artículos, etc.

No olvidemos que 1859 es el año de la restauración de los Juegos Florales de Barcelona, que también desempeñan un papel decisivo en el resurgimiento de la literatura catalana.

Y en 1845 había nacido Jacinto Verdaguer.

Otro fenómeno contemporáneo es el de Josep Anselm Clavé. Músico y político, su inquietud social le llevó a dedicarse a un tipo de música popular, con la que pretendía ofrecer a los trabajadores “una educación moral de que los más carecían, hábitos de cultura que no tenían...” y quería que sus corazones fuesen “fecundos generadores de paz, de orden, de concordia y de progreso”.

En 1845 organizó la primera agrupación coral, la Aurora, especie de estudiantina con flautas, guitarras, mandolinas, bandurrias, etc., agrupación que transformó en 1850 en “La Fraternidad”, primera coral peninsular y sociedad de auxilios mutuos, compuesta por 40 hombres. El nombre de “La Fraternidad” fue sustituido en 1857 por el de “Euterpe”, menos comprometido, y las sociedades de este tipo se multiplicaron rápidamente.

Los coros de Clavé se relacionan con las expansiones barcelonesas fuera de las murallas. El Pasco de Gracia tiene cada día más partidarios. El “Criadero”, el “Tívoli”, “La Ninfa” son unos jardines donde se escucha música, se baila, se toman refrescos y se conversa. Víctor Balaguer escribe que “el día que ese cinturón de piedra que nos oprime y se llama muralla caiga para no volverse a levantar, aquel día el Paseo de Gracia no tendrá ya rivales”.

El alumbrado de gas llega también al Paseo de Gracia, y esto favorece a sus horas nocturnas, convertidas gracias al gas “en un nuevo día radiante”, como dicen las crónicas.

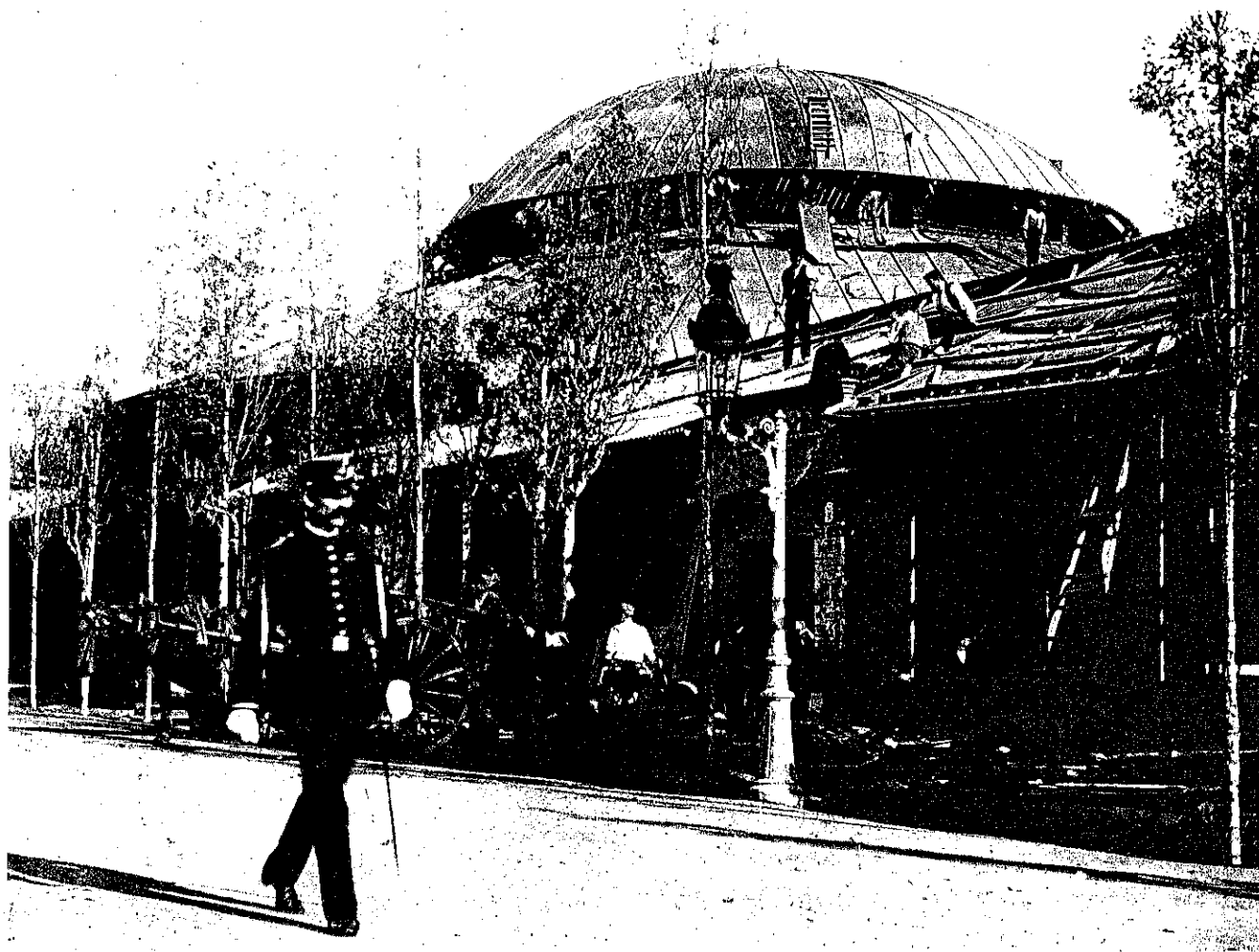
En 1853 se inauguran en el Paseo de Gracia los jardines de los Campos Elíseos, que ocupaban toda la superficie que va, aproximadamente, desde el Pasco a la actual calle de Lauria, y desde la calle Aragón a la de Rosellón. Adquirieron pronto un inmenso prestigio; Mestres, uno de los constructores del Liceo, fue el arquitecto del café, los pabellones, las glorietsas, y en aquel recinto se hacían juegos, castillos de fuegos, conciertos... Clavé presentó a sus coros en los Campos Elíseos, y poco a poco fue pasando de los vales, las polcas y los rigodones pastoriles a las piezas que habían de otorgarle un lugar decisivo en la música popular catalana.

UN DÍA LABORABLE EN 1849

Resumiendo noticias del libro de Saurí, Rafael Tasis evoca cómo era un día de trabajo en la Barcelona de 1849.

“A las dos y media de la madrugada ya cruzan las calles dormidas las diligencias, los ómnibus y “carabás” (carruaje que los franceses llaman “char-à-bancs”) que esperan, en la puerta del Ángel, a que se abran a las tres las puertas de la muralla. Entonces entran en la ciudad los barrenderos, que recorren las calles y vacían las letrinas antes de que claree el día. Muy temprano, “los infinitos trabajadores de todos oficios y de ambos sexos” salen de casa para acudir a las fábricas y los obradores, mientras llegan los payeses con sus frutas, verduras y aves.

Plaza Cataluña



Paseo de Colón y Capitanía General

Las primeras misas atraen a viejas y gente piadosa; a las ocho se hace el cambio de la guardia militar, en la parte baja de la Rambla, a las nueve, se abren las casas de comercio, oficinas y escritorios, los tribunales y despachos públicos. A las diez, toda la ciudad está en movimiento, con tanto ruido que los pobres forasteros que no están acostumbrados reciben una fuerte sacudida; al mediodía cesan paletas, carpinteros, fábricas y talleres, y los trabajadores van a almorzar; la una es la hora de los especuladores, en la Lonja o en el Pla de Palau; a las dos se cierran las oficinas, los bufetes y los despachos, y la gente acomodada y menestral se sienta a comer. Hasta las cuatro, en invierno, y las cinco, en verano, no vuelve el movimiento en las calles y en las tiendas; al atardecer, la Rambla y la Muralla de mar se pueblan de paseantes, con mucha gente de los dos sexos, los cafés se llenan y la gente de categoría se exhibe en grandes carruajes. A las 8 terminan todos los trabajos, se cierran los obradores y los trabajadores se van a casa. **La luz brillante de gas ilumina toda la ciudad.** También es la hora en que comienzan los teatros y las tertulias particulares o de casinos. Y lentamente la noche va imponiendo el silencio, el reposo de todos."

EL LICEO, CONTEMPORÁNEO DEL GAS.. .

La inauguración del Gran Teatro del Liceo, en el año 1847, es contemporánea de la inauguración del alumbrado de gas, que por aquellos años se impone en Barcelona. Sin duda el nuevo sistema de iluminación favoreció la espectacularidad del teatro y es muy probable que también el éxito del Liceo fuese una eficaz y rápida recomendación a favor de las ventajas del gas. La sala era inmensa, la ornamentación muy rica, y todo esto saltaba a la vista gracias a los millares de luces de gas repartidas alrededor de toda la sala y presididas por la monumental araña de bronce que colgaba del techo.

La inauguración del Liceo fue una competencia muy dura para el Teatro Principal. El objeto de competencia eran los bailes y los saraos, que resultaban bastante más caros que los que se celebraban tradicionalmente en Lonja; en los dos teatros los señores pagaban 20 reales, y las señoras 10 ó 12.

Un diario barcelonés decía en el año 1850: "Pero díganlos con franqueza nuestros apreciables lectores qué les ha gustado más, la dignidad, la calma y sosiego que ha presidido los bailes del teatro Principal, o la agitación inmensa habida en los del Liceo. Para los hombres de pasiones fogosas, aquellos que les gustan las emociones fuertes... ya lo sabemos, preferirán los bailes del Liceo, preferirán lanzarse a aquel mar revuelto y agitado, abrirse paso en medio de aquellas oleadas de apiñado gentío, envolviéndose en aquel lujosísimo torbellino, dejándose arrastrar, en fin, de aquel huracán violento que parece absorberlo todo y transportar al hombre a un mundo nuevo y desconocido"... Ya lo vemos, el Liceo y el gas hacían juntos la revolución. Ocho años más tarde, otro cronista de sociedad escribía en "La Ilustración": "El Liceo es el teatro más a propósito para bailes de máscaras; su platea presenta un golpe de vista magnífico y sorprendente. Diríase que el Carnaval inspiró al artista que trazó el plan del ya inmenso coliseo para convertirlo en morada de placeres. Si se coloca el espectador en uno de los palcos de los pisos superiores en una noche de baile, casi le causa vértigo aquel océano de gente que bulle y grita, y ríe, entre los ecos de una orquesta numerosa, aquel lujo de adornos: **aquellos millares de luces de gas que deslumbran ...**"

Como había que adaptar el teatro a las exigencias del baile, los preparativos eran muy complicados, e intervenían carpinteros, tapiceros, lampistas, tramoyistas... Francesc Curet lo ha evocado así: “Unas amplias escalinatas con balaustradas unían el anfiteatro con la platea propiamente dicha, y facilitaban la comunicación con los palcos. El escenario, donde se situaban los músicos, era aprovechado en toda su amplitud y transformado en un fastuoso salón de cuento de hadas. Daba gozo ver cómo **subían, en gran número, los salamones y arañas que habían de iluminar la sala, unas haciendo de satélites de la gran lámpara central y otras distribuidas alrededor de la sala, alternando con elegantes cestas de flores. Producía un efecto fantástico el encendido de millares de lámparas de gas que había de hacerse de una en una**, labor complicada que requería bastante rato.”

El gas justificaba la existencia de un servicio de bomberos y de lampistas, y es curioso saber que a los saraos de disfraces asistían también un médico y una comadrona, y además un sastre, una modista y un peluquero para reparar descosidos y despeinados...

... Y EL “SALÓN” ILUMINADO DE LA RAMBLA

Con el nuevo sistema de alumbrado, la Rambla, especialmente la de Capuchinos, aumentó aún más su prestigio de “salón”, de paseo de moda. Era costumbre que después de la procesión de Corpus los elegantes fuesen a lucirse, y bajo la luz de gas el espectáculo se prolongaba hasta las once de la noche. Un cronista del año 1858 nos proporciona esta descripción de “estilo” de la época:

“Estos pascos posteriores a las procesiones forman la ilusión más anhelada de las bellas, que reunidas en el salón que forma la Rambla del Centro pueden hacer alarde de sus galas nuevas y excitar los celos de amigas y rivales. ¡Para cuántas es el acontecimiento más importante de su vida el momento en que un traje recientemente estrenado atrae las miradas de su rival! Ni Alejandro, ni César ni Napoleón experimentaron jamás un júbilo más inmenso tras sus más brillantes victorias, que la mayor parte de las jóvenes o viejas del sexo bello cuando cruzan las Ramblas haciendo crujir la seda o sintiendo ondear sobre su frente, al soplo de la brisa, las plumas y las cintas...”

EL ESPÍRITU DE ALGAZARA

Desaparecidos los bailes de Lonja y los de la “Patacada”, esta clase de fiestas no se limitó al Llico y al Principal. En aquel tiempo se abrieron en Barcelona muchos teatros y se fundaron diversas sociedades recreativas. La distinción básica debía hacerse entre bailes de sociedad o de entrada limitada, y bailes públicos, que naturalmente no estaban tan bien vistos por la gente “com cal”. Causa asombro comprobar la cantidad de bailes que se organizaban en Barcelona: desde el día siguiente a la Navidad de 1857 hasta el martes de Carnestolendas hubo ochenta y cinco bailes! La mayoría (68) fueron de sociedad, y vale la pena citarlos porque de paso copiamos los nombres de las sociedades, tan típicas de una época: 7 en el Teatro del Liceo, 7 en el “Circo Barcelonés”, 2 en el “Centro Filarmónico”, 10 en el “Olimpo”, 10 en “El Pireo”, 5 en la sociedad “Polimnia”, 4 en la sociedad del “Triunfo”,



LAS TRES GRACIAS AVERGÜNYIDAS ENTRE DOS GALANS.



ELLS:—;Quinas gracias tan tronadas! Qué raquíticas! ;Qué doixadas! ;Y aixó qu' es festa major!....

"L'Esquella de la Torratxa", 27 septiembre 1879

9 en el "Ateneo", 1 en la Sociedad Francesa de Beneficencia, 7 en la sociedad de "Artesanos" y 6 en el "Odeón".

En el Teatro Odeón daba sus saraos una sociedad que se hizo muy famosa: "La Paloma" (era la época en que se popularizó la canción que llevaba este título, y todo Barcelona cantaba aquello de "Si en tu ventana llega una paloma / trátala con cariño que es mi persona"). Cuando "La Paloma" ofreció su última fiesta, Serafi Pitarra le dedicó un largo poema, del que son estos versos:

*Dimonis, xinos, sultans,
guerreros, becos, drapaires,
odalisques, escombraires,
nanos, russos y gegants,
Vestals, sardanes, viscaïnes,
Mercuris, àngels, polacos,
i molts de paísà, ben macos,
amb casaca i barretina.
Els uns blancs, altres vermells,
altres blaus, molts de morats,
i tots junts i barrejats,
saltant com blat al garbell.
.....
Em va paréixer observant
quan ballavan tots com daina,
una paella de samfaina
que l'estaven sacsejant.*

(Demonios, chinos, sultanes, / guerreros, bacos, traperos, / odaliscas, barrenderos, / enanos, rusos y gigantes, / Vestales, sardanas, vizcaïnas, / Mercurios, ángeles, polacos / y muchos de paisano, bien guapos, / con casaca y barretina. / Unos blancos, otros encarnados, / otros azules, muchos morados, / y todos juntos y mezclados / saltando como trigo en el cribado. / / Me ha parecido observando / cuando bailaban como gamos, / una paella de chanfaina / a la que estaban agitando.)

La Barcelona que estrenaba luz de gas era a menudo vocinglera y atolondrada, pero casi nunca violenta; en estos saraos, más que el alcohol lo que tenía éxito era el chocolate y la horchata, las ensaimadas y los sequillos.

Una de las manifestaciones más espectaculares de la algazara barcelonesa fue, a mediados del siglo pasado, la Carnestolendas. El Carnaval llegó a adquirir verdadera categoría ciudadana, no sólo porque todo el mundo participaba —de forma activa o como espectador— sino también porque la fastuosidad de la comitiva era excepcional. La "Societat del Born" era la que organizaba las Carnestolendas, y la simple enumeración de algunas —¡no todas!— de las formaciones que desfilaron en el entierro del Carnaval de 1860 es una demostración irrefutable de la increíble vitalidad popular de la Barcelona de entonces:

Bandas de timbales destemplados, músicas desafinadas y coros que mezclaban cantos lastimeros y canciones humorísticas (seguimos la descripción de Curet); jinetes disfrazados con vestimenta de todos los estilos, una muchedumbre de máscaras, peñas y pandillas llenas de inscripciones de toda clase y para todos los gustos. Más tambores y trompetas, y una infinidad de tocadores de flautines, pitos y trompetas



Plaza Real

de feria, y tocadores de campanas, campanillas y cencerros. Una comparsa de jinetes montados en asnos que llevaban un farol en la frente, druidas y derviches, monaguillos, chinos, comparsas de locos y magos, un pelotón que parodiaba a los soldados romanos de las procesiones de Semana Santa, un grupo de labradores que hacían sonar atabales y cencerros, marineros, astrólogos con cucurucho en la cabeza, fantasmas, una banda de ochenta tambores, platillos, bombos y campanas. Un carro con la parodia del pedestal sin estatua del monumento de Fernando el Católico, proyectado y no terminado; un grupo de ingleses perfectamente caricaturizados, un orinal grandioso llevado sobre parihuelas; una colección de peces extraños; una ruidosa música de gallos, micos, etc.; un coro de ángeles cuyas alas estaban formadas por soplillos de cocina; grupos de rabinos, de Rigoletos, de moros, de apagavelas, de mesoneros, de vendedores de fósforos y librillos de papel de fumar; un grupo de chinos que tocaban el órgano y una multitud de congregantes vestidos de blanco, con farolillos, cada uno con una letra distinta grabada en el vidrio y con las cuales se formaban caprichosas combinaciones de nombres. Seguían ochenta zuavos; un grupo de voluntarios catalanes de la guerra de África — hay que decir que la gresca tenía un aspecto benéfico: se pedía a los mirones de la comitiva que diesen dinero para las familias de los voluntarios —; una extravagante comparsa de más de 40 individuos con frac, sombrero de copa y enaguas; otras comparsas de calaveras, de segadores, de catedráticos y de estoreros con pelucas de esparto escarolado. Nueve músicas de instrumentos variados, entre las que figuraban grajos, sacos de gemidos, zambombas. A continuación iba la carroza mortuoria de Carnestolendas, y en los ángulos del túmulo había cuatro plañideras. Detrás iban ochenta y cinco (¡85!) carruajes con representaciones de caricaturas, sátiras, alusiones picantes, críticas sobre la vida municipal y la política, etc. Cuatro carrozas y una comitiva a pie parodiaban al Teatro Municipal con su fachada, el gallinero, el patio de butacas, la orquesta y el escenario, y las rodaban las figuras alegóricas de las óperas más famosas. Un carro con campanas que tocaban a muerto, otro con encerado blanco en el que se proyectaban sombras chinescas al natural. Más carrozas ocupadas por médicos, astrólogos, jóvenes sentados ante una mesa donde comían de verdad, asistidos por criados con librea; un carro que representaba una casa de huéspedes y finalmente, precedido por un pelotón de voluntarios catalanes, un carro grandioso que reproducía el castillo moro de Tetuán...

La algazara duró casi seis horas, y todavía como dice Curet, “la mayoría de los actores y espectadores de este pandemonium tenían el ánimo suficiente para ir al campo al día siguiente a enterrar las Carnestolendas”. ¡Después se hablará del temperamento retraído de nuestros abuelos!

En uno de los curiosos “testamentos” que acostumbraba dictar el Carnaval se encuentra esta cuarteta:

*El agonizante farol de aceite
con luz de poca franqueza
alumbra a los ciudadanos
de la calle de la Princesa.*

El farol de aceite, verdaderamente, era ya un anacronismo en aquella Barcelona que — utilizando una expresión moderna — podríamos decir ahora que marchaba “a todo gas”.

LOS FAROLES DE GAS: TESTIMONIOS

Como si se tratara de una coincidencia simbólica, con el más potente alumbrado de gas se manifiesta en Barcelona una nueva manera de **ver las cosas**. El derribo de sus murallas colabora también a ensanchar las perspectivas físicas de la ciudad. Es un impulso material y a la vez toma la conciencia de una función “moderna”, como capital de Cataluña, lo que caracteriza a aquella Barcelona apasionante, y apasionada.

Ese mismo impulso le conducirá a una serie de cambios sucesivos, cada vez más rápidos. Ocupará nuevos espacios, recibirá nuevas gentes, adquirirá nuevas costumbres, y al llegar a 1900 la Barcelona de cincuenta años atrás parecerá ya muy “antigua”. Y las nuevas generaciones tendrán muy poco respeto por aquella Barcelona ochocentista con la cual tienen una gran deuda; los espíritus inquietos irán a buscar las raíces colectivas mucho más lejos, y el enamoramiento del romántico y del gótico les hará menospreciar la ciudad de los abuelos. Al propio tiempo que se restauraban — y a veces se falsificaban — obras medievales, se dejaban perder o se destruían deliberadamente testimonios auténticos de un pasado decisivo en la evolución ciudadana.

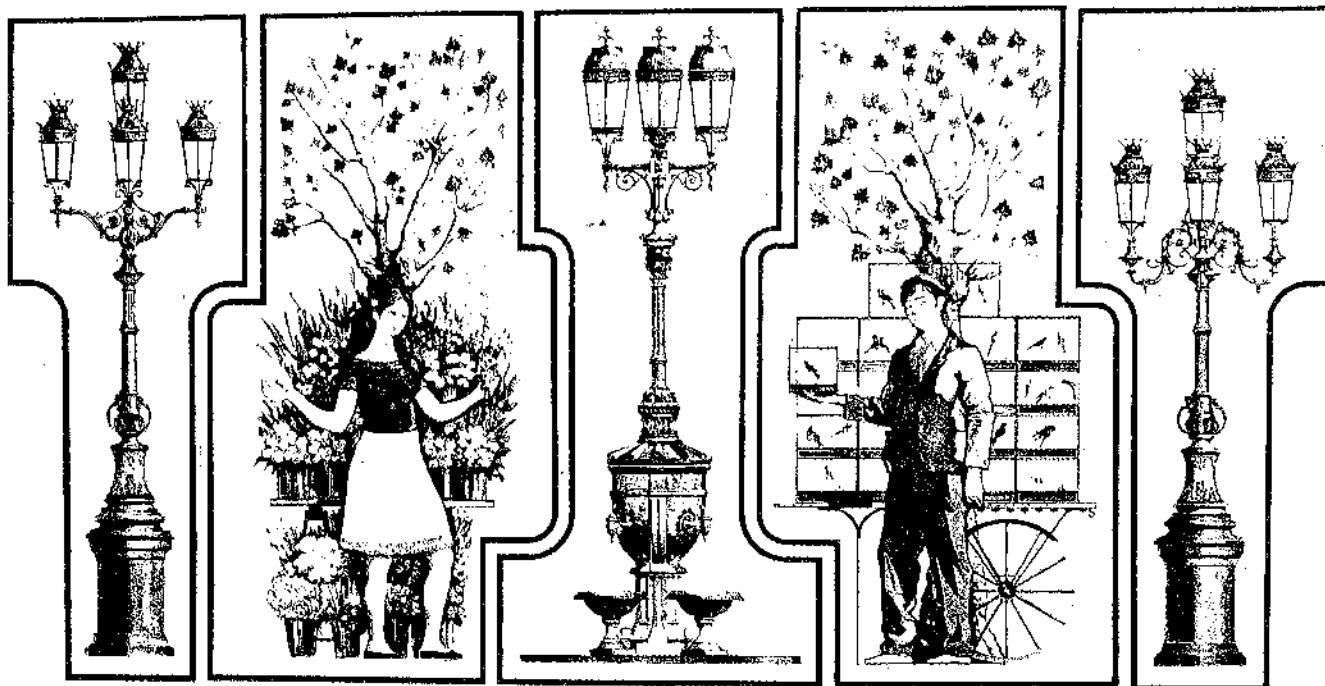
No hace mucho que nos hemos dado cuenta de este error y que se ha estimado como se debe la significación del urbanismo ochocentista barcelonés.

Los faroles de gas son, en este sentido, verdaderos monumentos de una época. Confieso que gracias a los dibujos de García-Martín he descubierto por qué aquella Barcelona que no he conocido, pero que forma parte de nuestro pasado sentimental, se me hacía extrañamente presente en París. Los faroles de gas que se instalaron en Barcelona fueron diseñados en París y algunos fabricados en París. En París se han conservado bastantes, para que al pasear por un grupo de barrios nos impregne la evocación de una Europa ochocentista de la cual nos sentimos solidarios. En Barcelona, los faroles de gas no se han salvado de la tendencia destructora de la que hablábamos, y los que quedan no parece que tengan su supervivencia asegurada.

Quizá sea hora de detener el brazo aniquilador y de concedernos unos momentos para reflexionar.

Los nuevos sistemas de alumbrado no han de “deslumbrarnos” y producir nuestra ceguera ante los testimonios que nos ofrecen los viejos faroles. Los viejos faroles de gas no eran — no son — solamente unos “focos de luz”, un invento eminentemente práctico. Su significación histórica es irrepetible. Por eso, a pesar de que hoy día no alumbren, hacerlos desaparecer es borrar — “dejar a oscuras”, si quieren — un momento interesantísimo y significativo de la vida de Barcelona.

JOSEP M. ESPINÀS



INICIACIÓN AL ESTUDIO DE UNA HISTORIA DEL ALUMBRADO PÚBLICO DE GAS DE BARCELONA

Hace ahora casi diez años, en 1967, empecé a trabajar en un boceto que representara a Barcelona y en el que reunía un conjunto de escenas entrañables, y de gran amplitud ciudadana, separadas o enmarcadas en la composición por faroles de gas.

Eran en su totalidad escenas populares, todavía actuales, y fiestas del año barcelonés.

Entre las primeras aparecían la florista, el vendedor de pájaros, los libros viejos y el mercado de San José de las Ramblas junto con las “golondrinas” del puerto y la fuente de Canaletas; también personajes como el hombre de los perros, de los globos, la castañera y el minuterio de la Puerta de la Paz en el puerto. Entre las segundas, las fiestas que recorren el año barcelonés en sucesión partiendo de la feria de Belenes, de Sant Ponç, de las palmas, de la Mercè, de Sant Jordi, fiesta mayor de Gracia y comitivas ecuestres de Sant Medir, Tres Tombs, etc.

Eran recuerdos de mi niñez y de mi juventud que todavía son actuales, y que creía podían representar —entre otras ideas, naturalmente— mi ciudad de Barcelona.

Descubría que el farol, elemento elegido para separar las escenas, se convertía en protagonista de identificación de la ciudad. Empezaba sin propósito previo una posibilidad muy interesante y, creo, muy poco conocida y divulgada: el estudio para una posible confección de la historia del alumbrado público de gas, en el aspecto estético del aparato de iluminación.

Implantado el uso del gas en Francia, concretamente en París en el año 1829, el día 1º de enero aparecen las primeras luces de gas en la plaza del Carroussel junto a las de aceite. A partir de ese momento, es tan grande la mejora obtenida en la iluminación que además de cambiar las costumbres —empieza una verdadera vida nocturna— transformando el temor en seguridad en la calle, ésta evoluciona construyendo las aceras, lo que trae la innovación de alinear los

faroles. Señalando caminos, se adaptan al conjunto urbano formando una unidad por la cantidad, tamaño y belleza. Es entonces cuando la industria del hierro fundido desarrolla un esfuerzo de imaginación sorprendente. Basta ver los catálogos franceses de la segunda mitad del siglo XIX, con toda clase de elementos ornamentales como fuentes, rejas, estufas, etc., y aparatos de iluminación públicos y domésticos.

Al adoptar Barcelona en 1841 el uso del gas se constituye en 1843 la "Sociedad Catalana del Alumbrado por Gas" que se establece en la calle de la Merced, nº 15. Es de suponer que se surte de aparatos de la "Compañía Central, Usine à gas de Barcelona. Appareils d'éclairage au gaz", de la cual sólo conozco dos catálogos sin dirección y con la particularidad de estar rotulados en italiano, pero que no incluye ni uno solo de los modelos existentes o desaparecidos.

Hay que creer que, a imagen de Zaragoza, donde existe todavía una fundición del año 1855 llamada Averly y que se creó por una familia francesa — la cual se trajo el modelaje y los maestros fundidores de su país —, también en Barcelona y posiblemente en otros lugares de Europa se realizó de la misma manera, como lo prueba el hecho de que, salvando los primerísimos años de la adopción del alumbrado de gas, todos los faroles y candelabros son semejantes, cuando no los mismos.

En el aspecto objetivo, una cosa es evidente, un nuevo arte aplicado europeo crea durante un siglo el aspecto del aparato de iluminación, transformándolo y elevándolo en categoría, como nunca hasta entonces.

También es seguro que los candelabros — novedad principal — se diseñan en Francia entre los años 1837 y 1900 conociendo solamente uno firmado por Hittorf y que corresponde a los instalados en la avenida de los Campos Elíseos de París, muy parecidos a los nuestros de la plaza de Cataluña en proporciones, pero distinto en el capitel, arranque de las estrías del fuste y ornamentación de la parte inferior de la columna y de las molduras de la base.

Hay que mencionar que Barcelona posee los admirables de Gaudí instalados frente al Gobierno Civil de la plaza de Palacio y de la plaza Real — totalmente originales — ya desde el año 1880. Barcelona posee todavía una cantidad estimable de faroles y candelabros que, unidos a los desaparecidos, forman una documentación importante del desarrollo y del interés siempre avanzado de la ciudad. Paralelamente al estudio de los dibujos aquí recogidos surgen aspectos curiosos de su historia, como son los emplazamientos diversos que han recorrido algunos de los faroles. Por ejemplo, la llamada hoy "Fuente de Canaletas", fuente con faroles adoptada a fines de siglo pasado por el Ayuntamiento, de cuyo modelo existieron varias colocadas en la plaza de San José Oriol, plaza Trilla, Riera de San Miguel, plaza de San Agustín y cerca de la plaza de Junqueras. Los candelabros de la plaza de San Jaime fueron trasladados allí desde la plaza de Cataluña alrededor de 1910. Los de la plaza Universidad, hoy muy reproducidos en diversos pueblos de la provincia de Barcelona, estuvieron en la Puerta del Ángel. Los del patio del Ateneo Barcelonés son únicos y estuvieron por el Hospital de San Pablo. Y los existentes en la plaza de Antonio Maura y cruce Paseo de Gracia-Granvía, en la Puerta de la Paz.

Curiosidades de los desaparecidos son, en primer lugar, los enormemente grandes de la plaza del Ángel, del Padró, Paseo de Colón, plaza de San Jaime y final del Paseo de San Juan, que todavía existieron por los años de 1920.

Uno muy particular es el farol de columna desplazado de su centro, y coronado por un casco de guerrero que, en gran profusión se encontraba en la plaza de Cataluña, Paseo de Colón, monumentos a Rius y Taulet y a Colón. Otro muy singular es el farol-buzón que estuvo emplazado en la Vía Layetana. Desaparecidos también, e iguales a los candelabros de la Rambla y del Paseo de Gracia, los había en la Rambla de Cataluña, exactamente alrededor de los monumentos a Juan Güell y a Clavé, y en la plaza del Sol de Gracia. Antes de la colocación de los faroles de Gaudí en la plaza Real había allí los bellísimos de columna de fuste torneado y ricamente ornamentado sin conexión con las otras columnas.

Muy recientemente desaparecidos son los dos colocados frente a la puerta de la Catedral además de los que, entre otros lugares, seguían la avenida de la República Argentina, calle de Craywinckel, paseos de San Gervasio, de la Bonanova, Reina Elisenda y Pedralbes.

Como curiosidades finales quiero dar a conocer que Lucerna posee seis faroles de columna del tipo de los todavía existentes en las aceras laterales del Paseo de Gracia y que fueron cedidos por Barcelona a solicitud de la ciudad suiza; un gran amante de los faroles, el antiguo director de "Catalana" señor Margarit, propuso en plena conversión del alumbrado de gas a electricidad conservar el Paseo de Gracia y las Ramblas en su alumbrado público con gas. ¿Imaginan qué interesante sería hoy poseer estos dos paseos iluminados con la bella luz de gas?

Un propósito fundamental ha sido el que me ha movido a recoger esta modesta colección de dibujos y su pequeña historia: que la ciudad de Barcelona tomara conciencia de algo existente, útil e insustituible que poseemos en relación con Europa y el mundo. Durante estos últimos diez años me he esforzado en hacerlo conocer, sin resultado, cerca de personas y entidades culturales de nuestra ciudad. Por ello, y con motivo de esta publicación, quiero agradecer a don Pedro Durán Farell la ayuda que lo ha hecho posible.

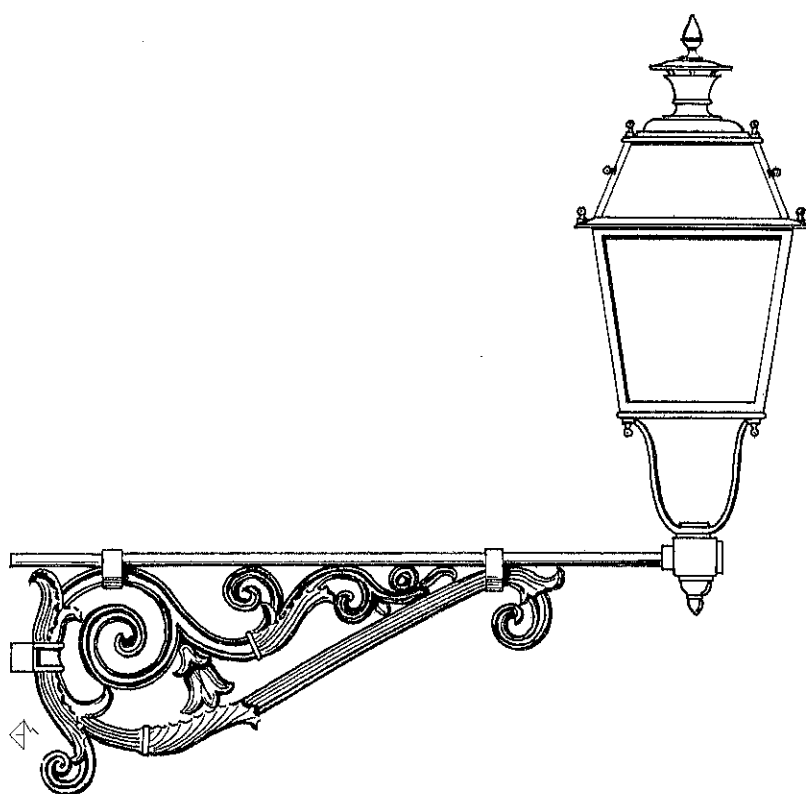
Tú, barcelonés, y tú, amigo que convives con nosotros o nos visitas, encontrarás en el terreno de la evocación muchos sucesos de la vida de la ciudad y de la tuya propia que se han desarrollado bajo su luz y su presencia.

Por su historia, aunque corta en el tiempo, es hoy una antigüedad útil y entrañable que tenemos obligación de conservar.

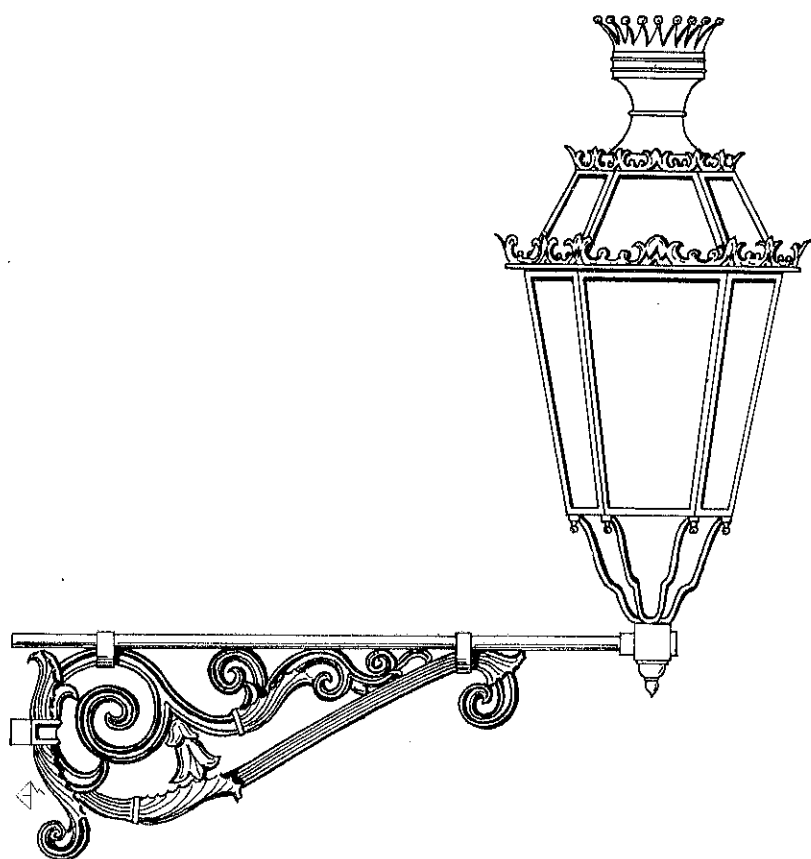
MANUEL GARCÍA-MARTÍN

*Las farolas de gas
elementos de la fisonomía
ciudadana*

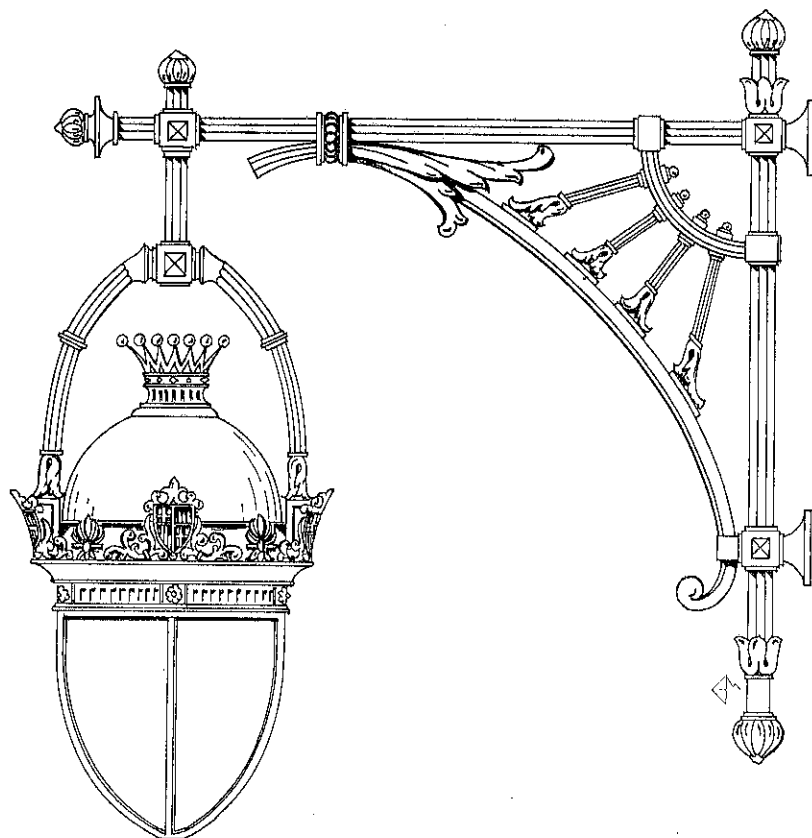




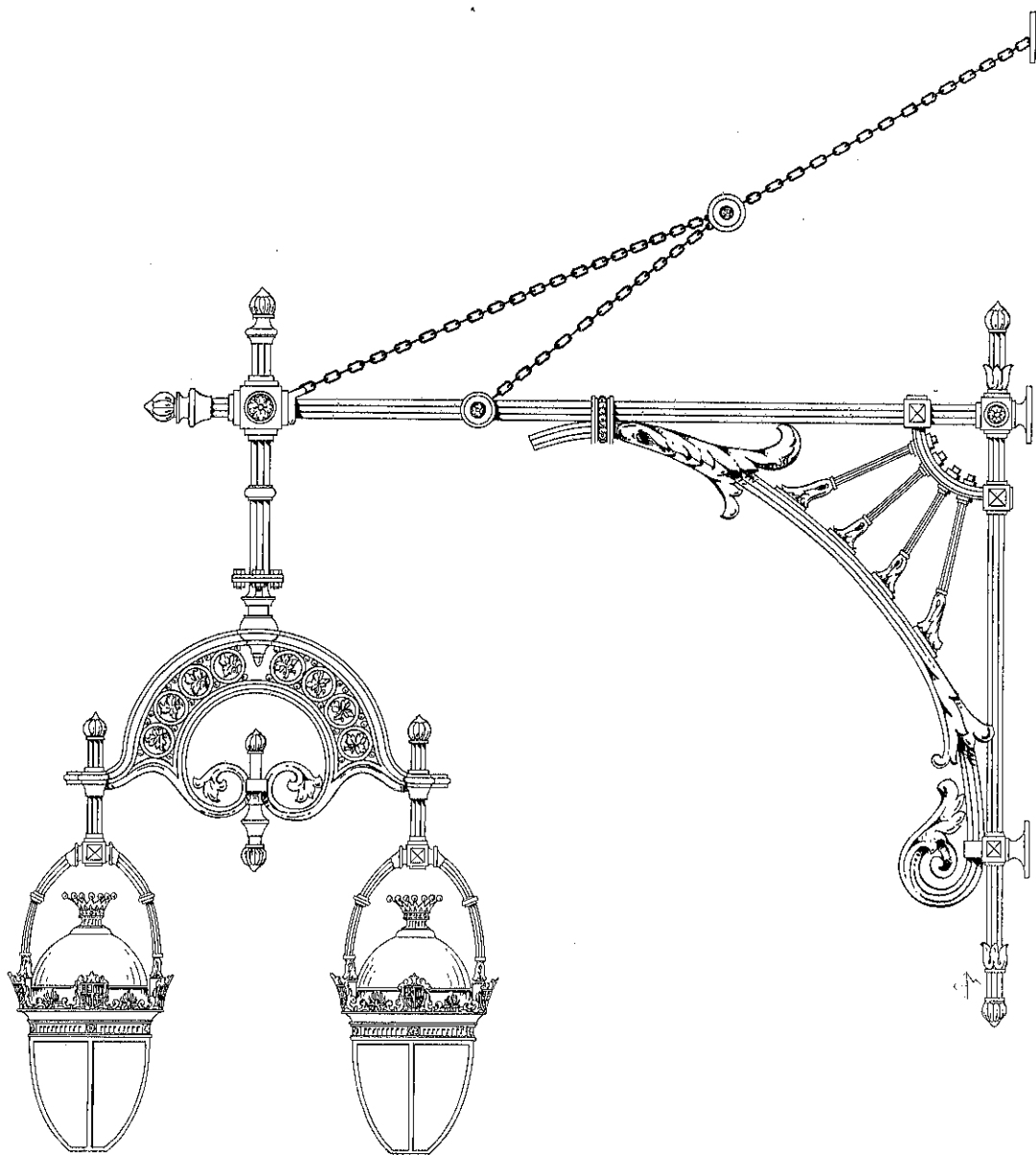
Farol mural
con linterna tipo "Montmartre".
Colocado actualmente (Barrio
antiguo).



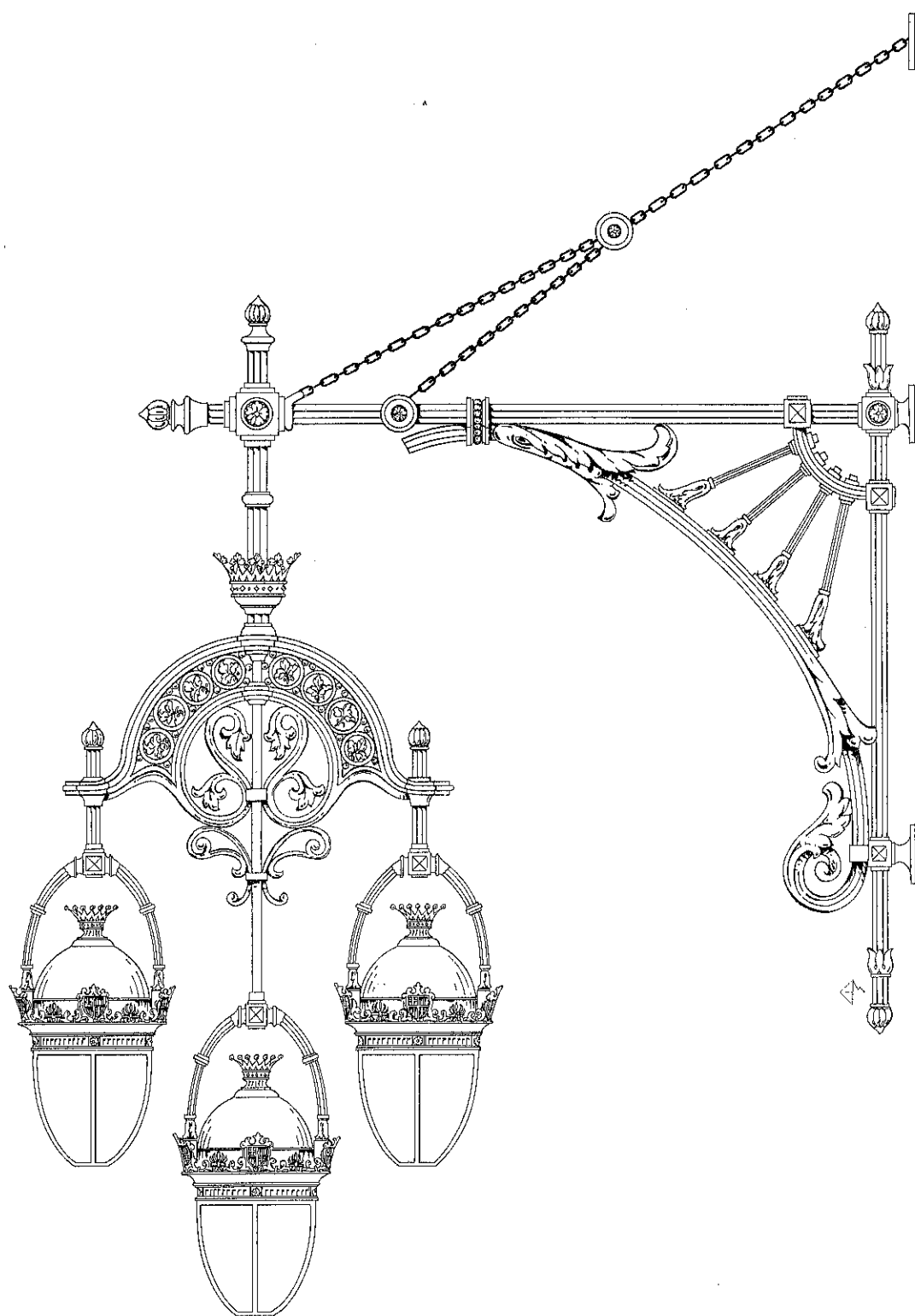
Farol mural
con linterna hexagonal coronada.
Colocado actualmente (Petritxol).



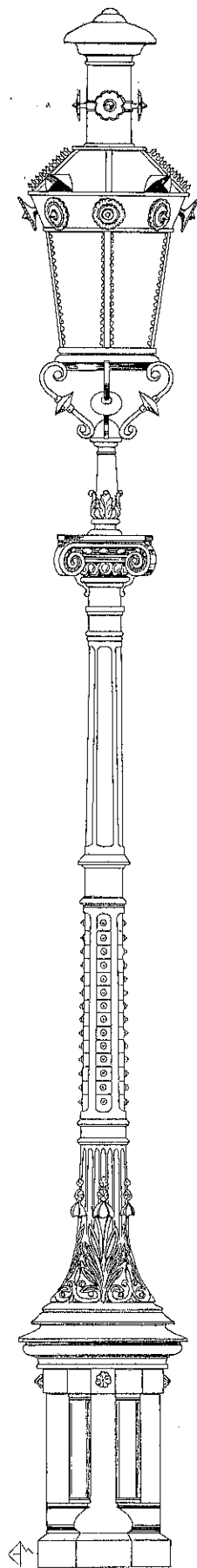
Farol mural
con globo colgante coronado.
Colocado actualmente (Princesa,
Merced, Zaragoza, etc.).



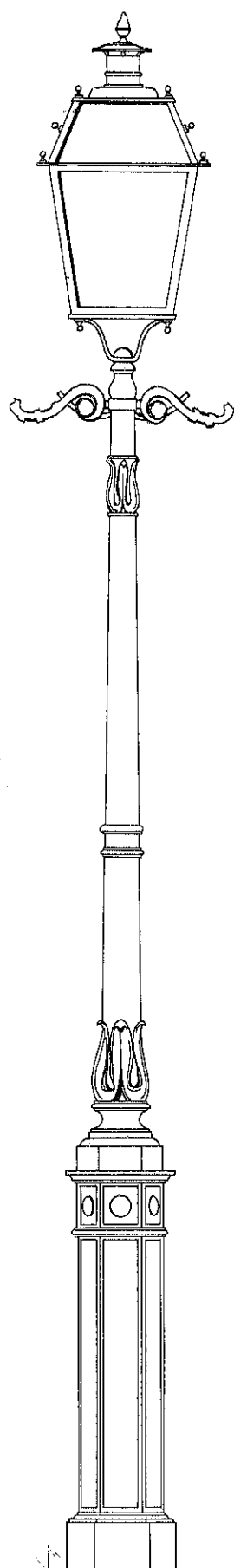
Farol mural
con 2 globos colgantes coronados.
Colocado actualmente (Jaime I).



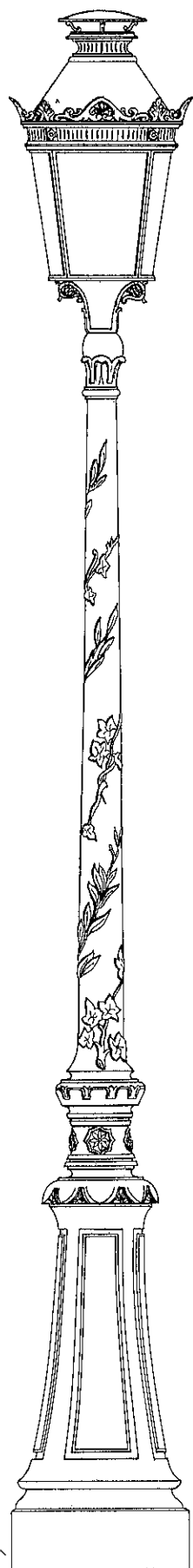
Farol mural
con 3 globos colgantes coronados.
Colocado actualmente (Mayor de
Gracia).



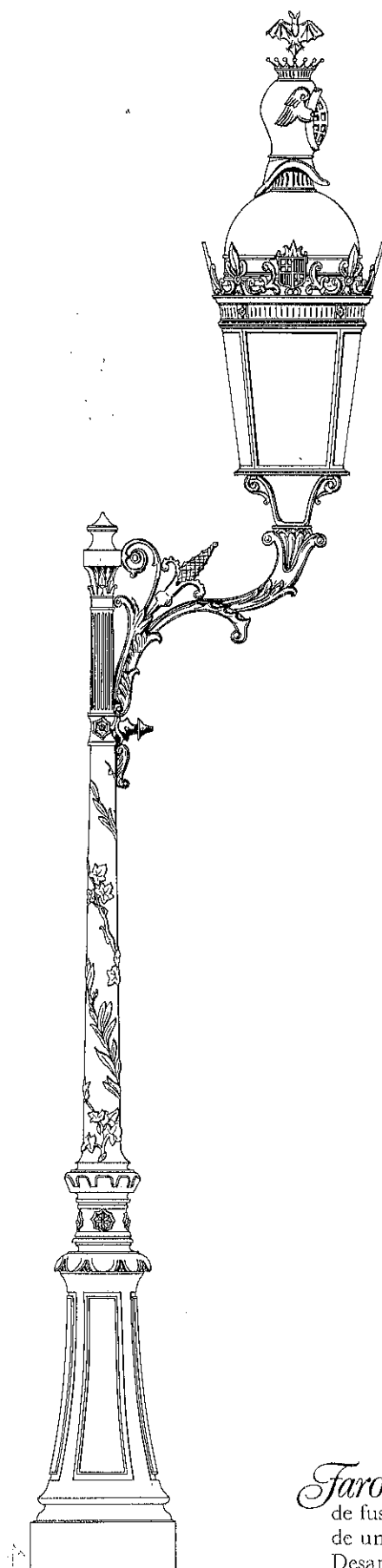
Farol de columna
circular gran tamaño.
Desaparecido.
(Plaza del Padró).



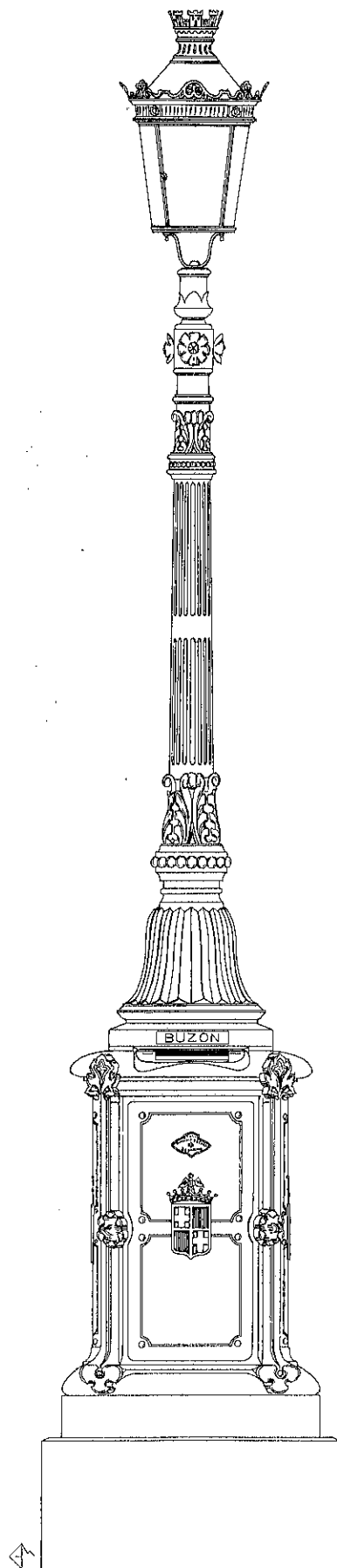
Farol de columna
con soporte para escalera.
Desaparecido por 1924.



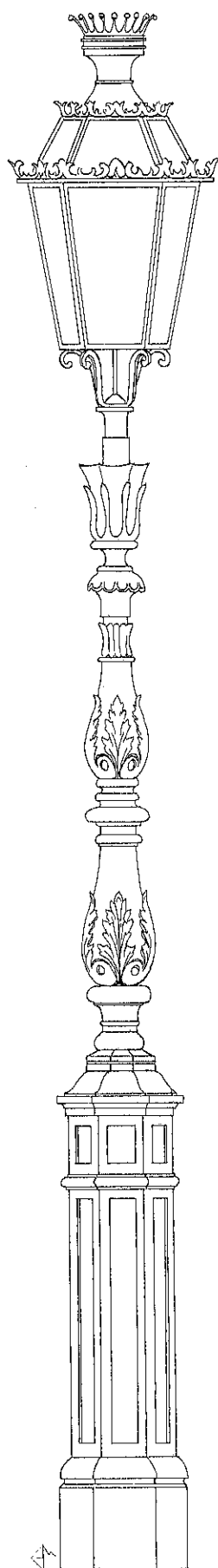
Farol de columna
de fuste ornamentado.
Desaparecido por 1924.



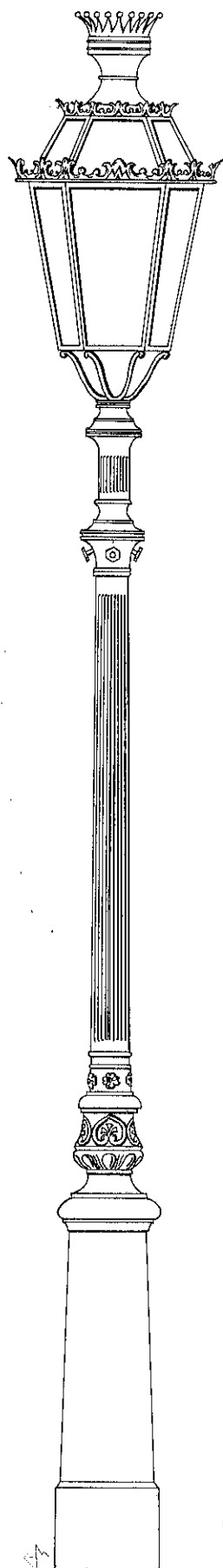
Farol de columna
de fuste ornamentado y con remate
de un casco superpuesto.
Desaparecido por 1900.



Farol-buzón
Desaparecido por 1913.



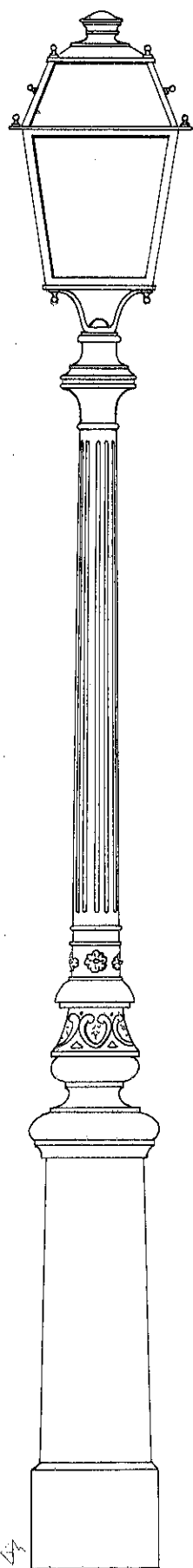
Farol de columna
hexagonal coronado:
Desaparecido.
(Plaza Real hacia 1900).



Farol de columna

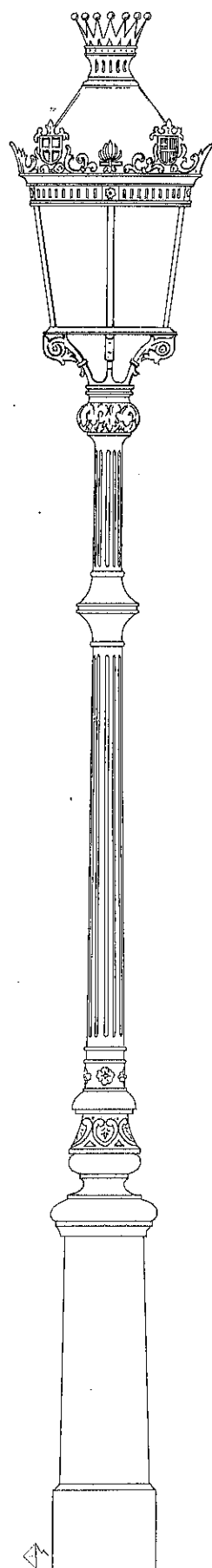
hexagonal coronado.

Colocado actualmente (Pedralbes).

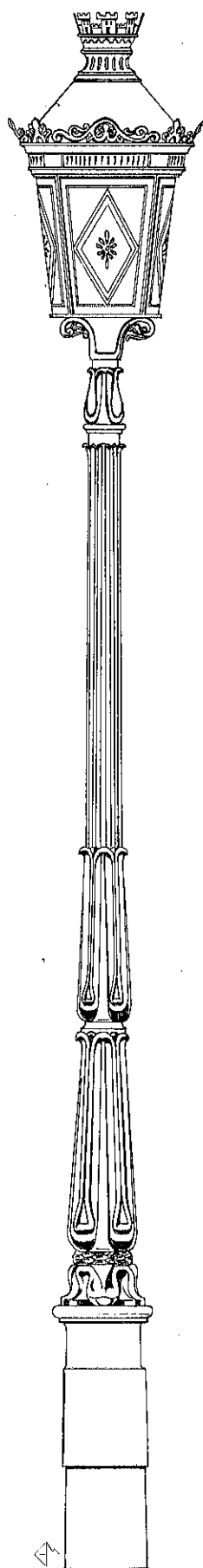


Farol de columna
cuadrado.

Colocado actualmente (Pedralbes).



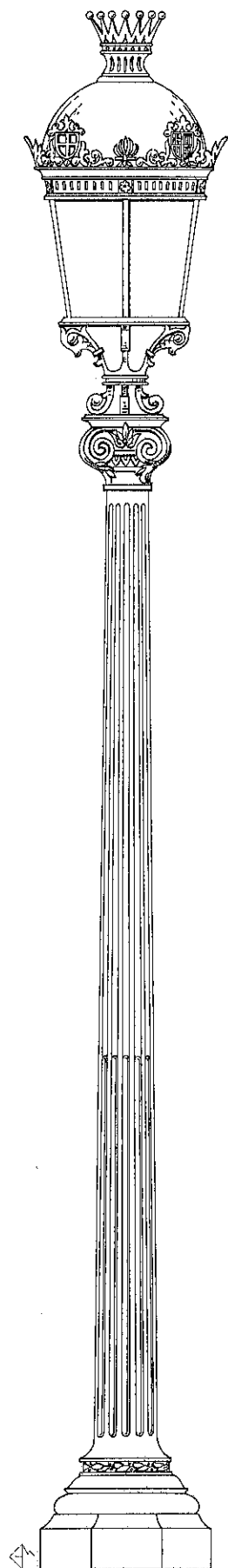
Farol de columna
suplementada, circular coronado.
Colocado actualmente (Pedralbes).



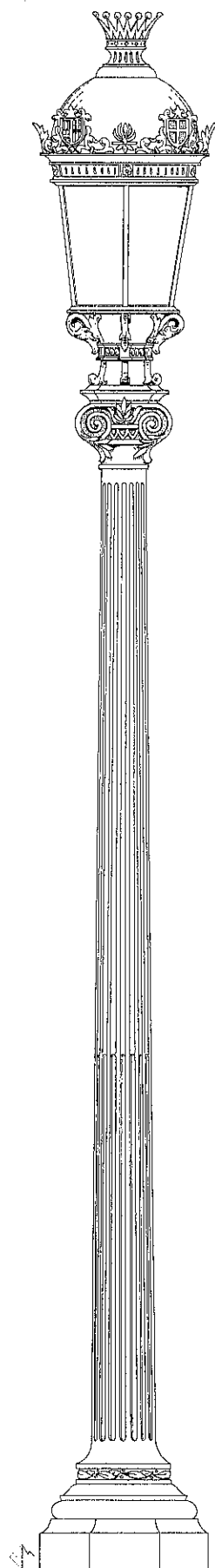
Farol de columna

circular coronado.

Colocado actualmente en el patio
del Ateneo Barcelonés.



Farol de columna
con capitel circular coronado.
Colocado actualmente (Rambla de
Cataluña).

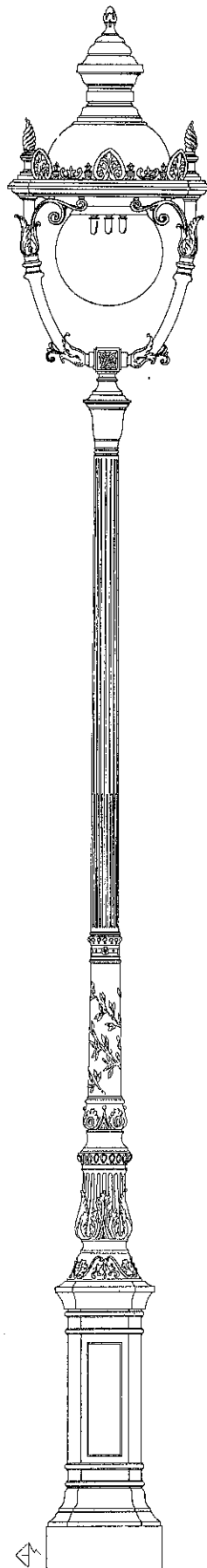


Farol de columna

con capitel circular coronado.

Gran altura.

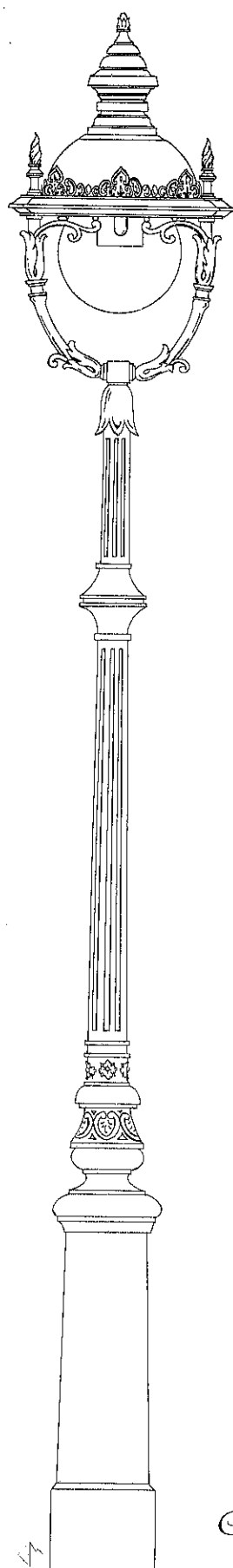
Colocado actualmente (Rambla de
Cataluña, Vía Layetana).



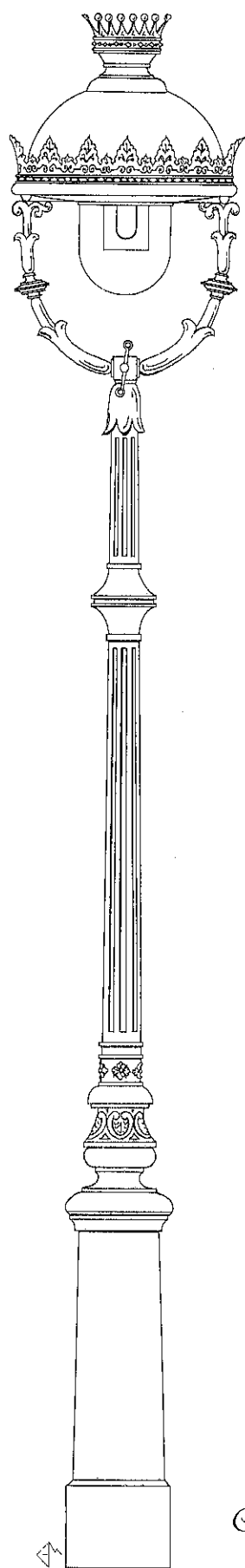
Farol de columna

Farol de lira.

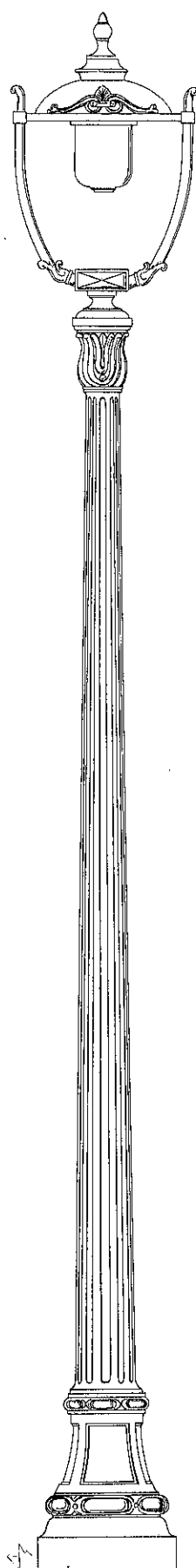
Colocado actualmente (Puerta del Ángel).



Farol de columna
suplementada. Farol de lira.
Desaparecido.

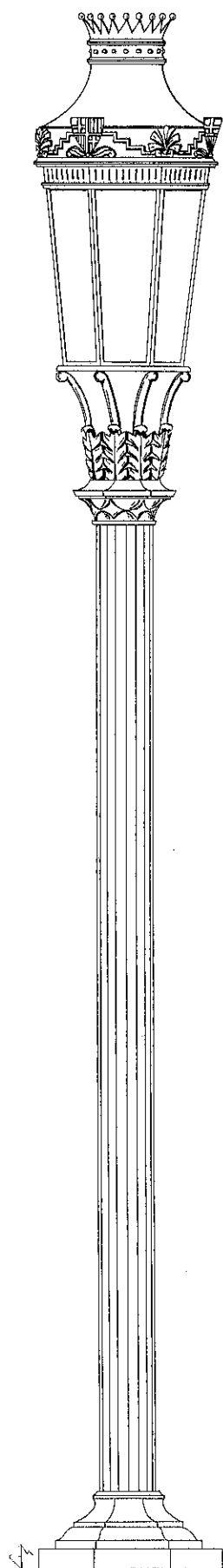


Farol de columna
suplementada. Farol de lira.
Desaparecido.



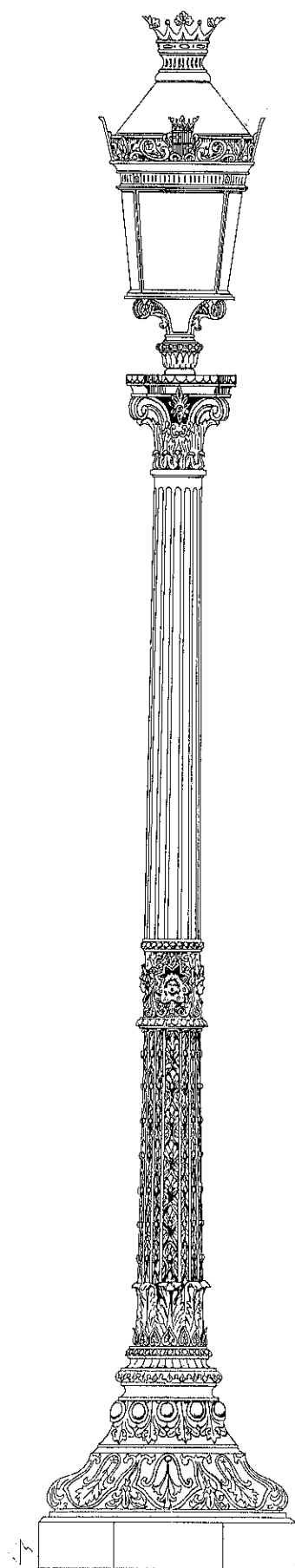
Farol de columna

Farol de lira.
Colocado actualmente (plaza
Palacio, Dolores Monserdà).

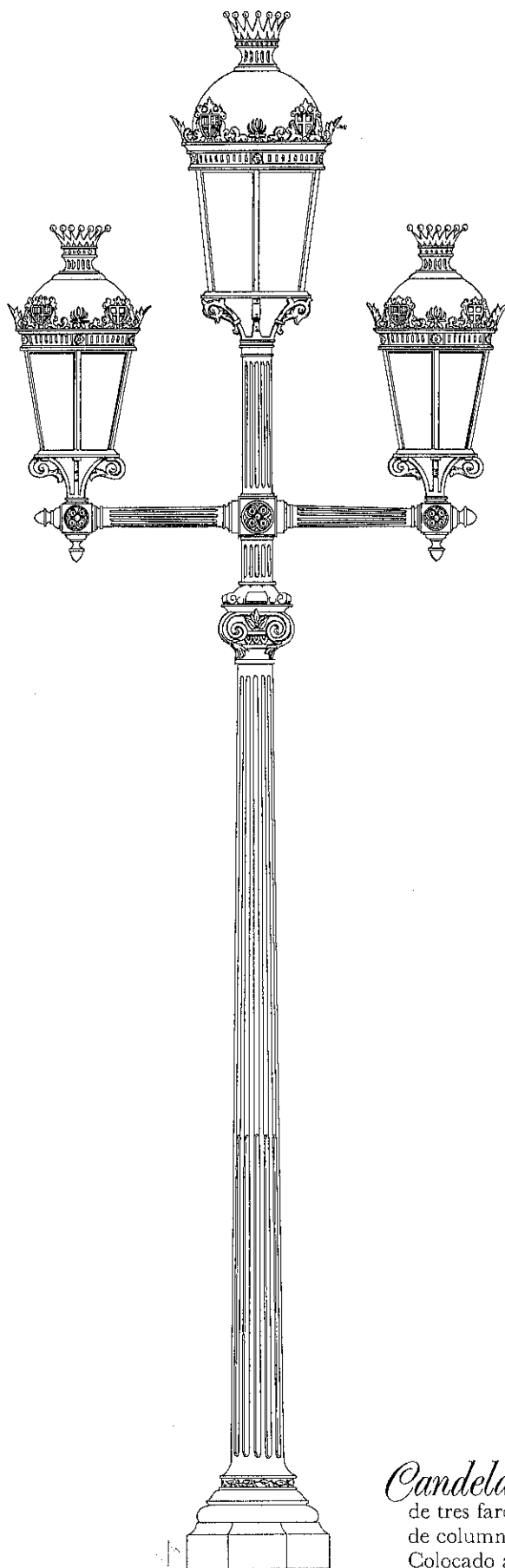


Farol de columna

hexagonal coronado con motivos
vegetales en el capitel.
Desaparecido (fachada de la
Catedral).

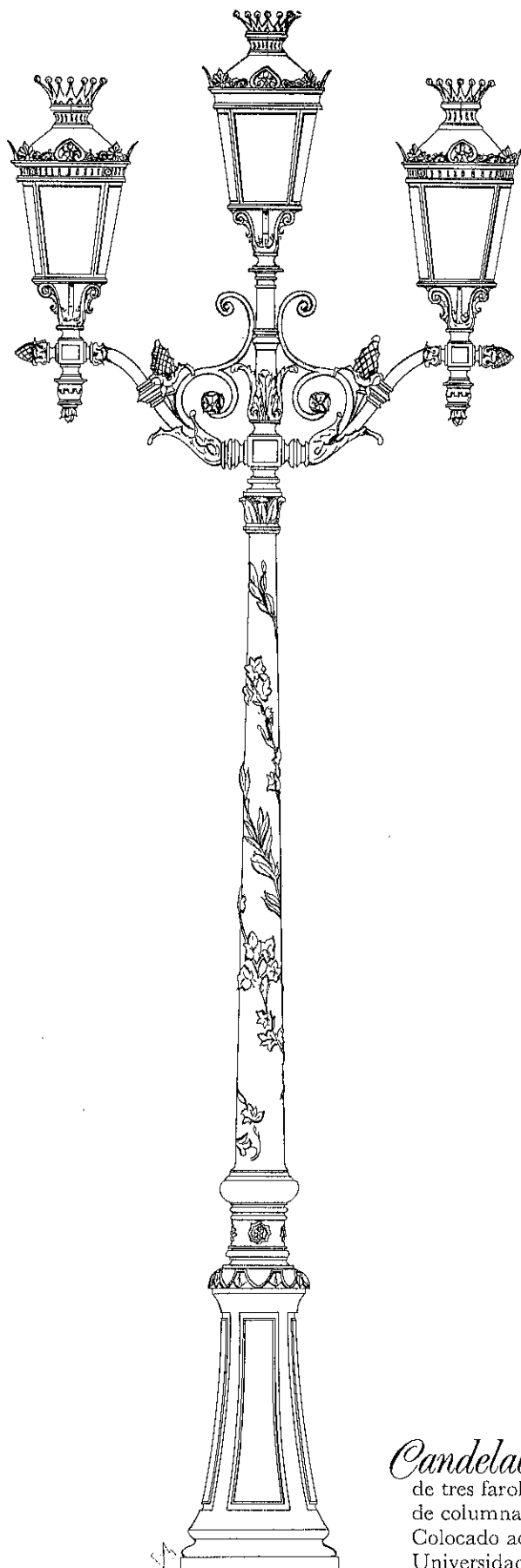


Farol de columna
con capitel circular coronado.
Colocado actualmente (plaza de
Cataluña).



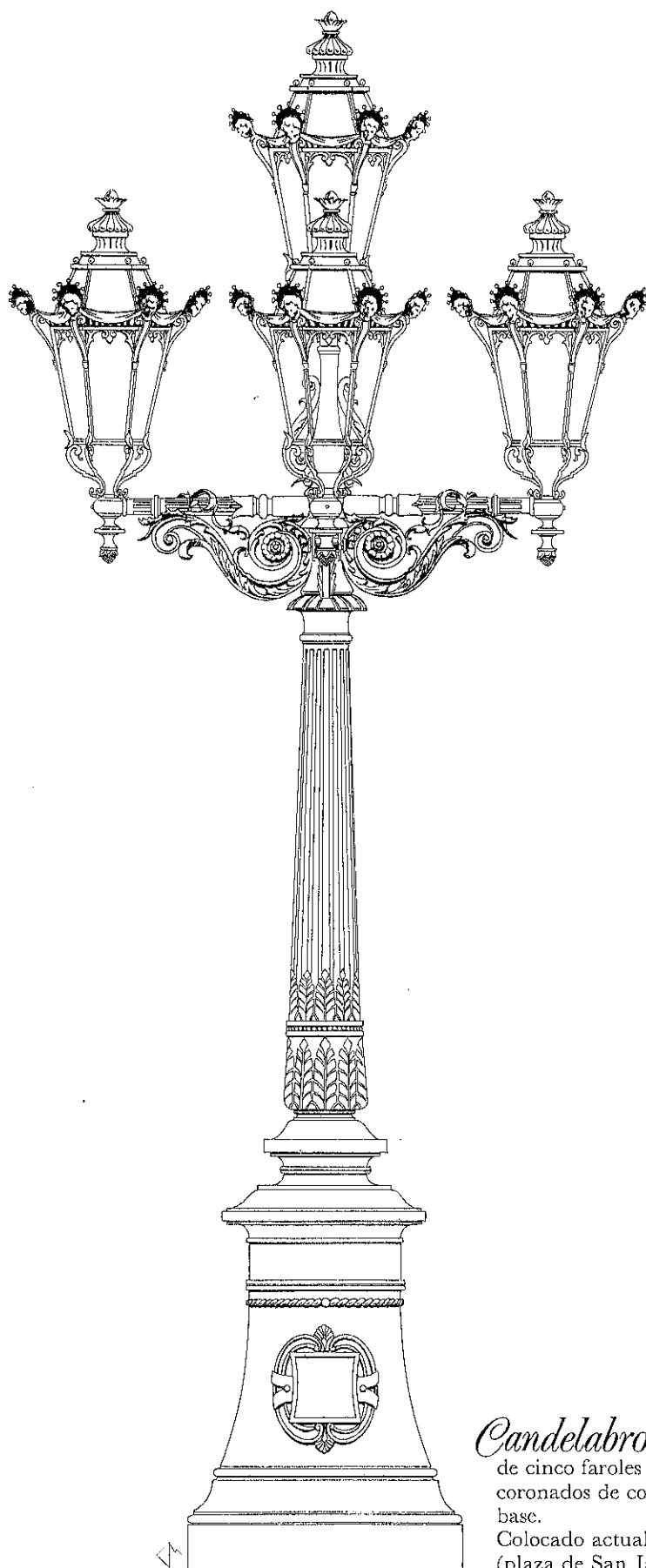
Candelabro

de tres faroles circulares coronados
de columna con suplemento.
Colocado actualmente (plaza Real).



Candelabro

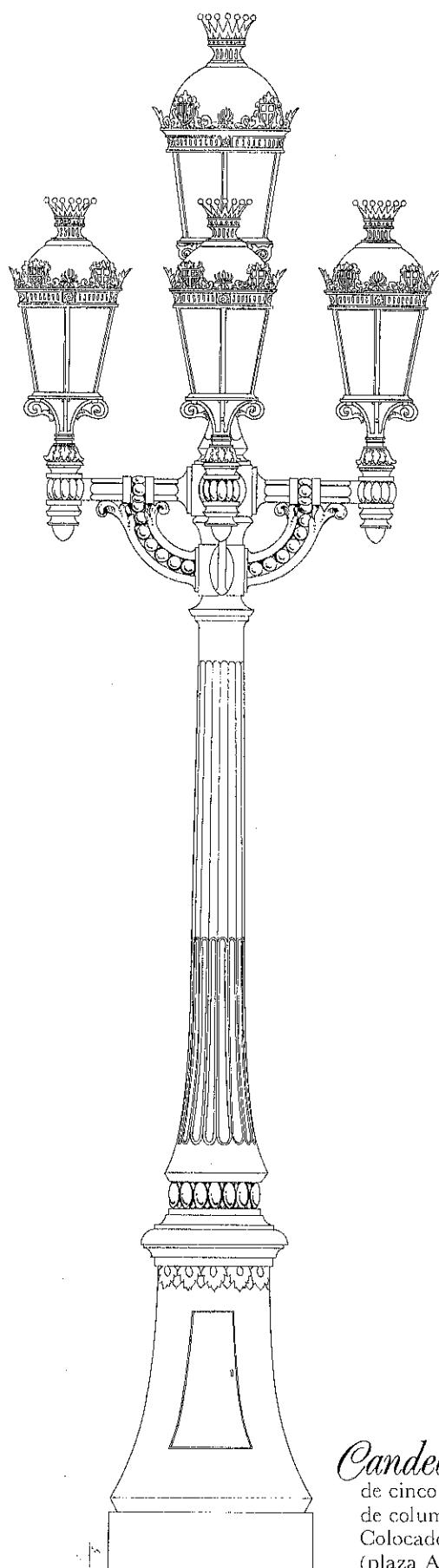
de tres faroles circulares coronados
de columna de fuste ornamentado.
Colocado actualmente (plazas
Universidad y Real).



Candelabro

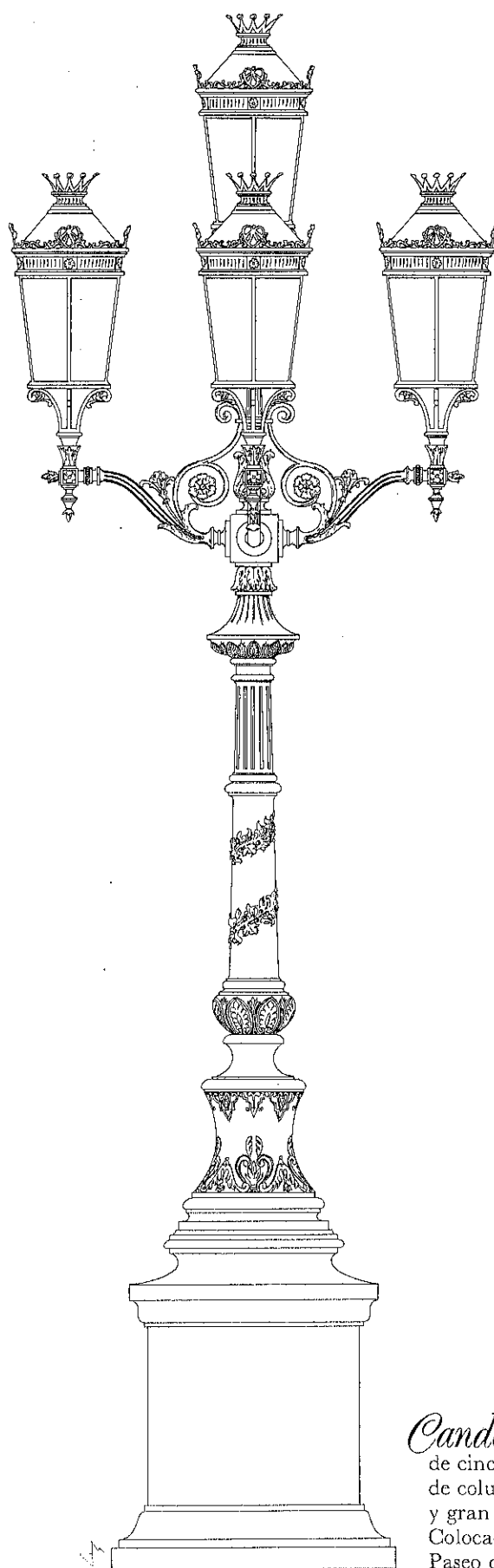
de cinco faroles hexagonales
coronados de columna y amplia
base.

Colocado actualmente
(plaza de San Jaime).



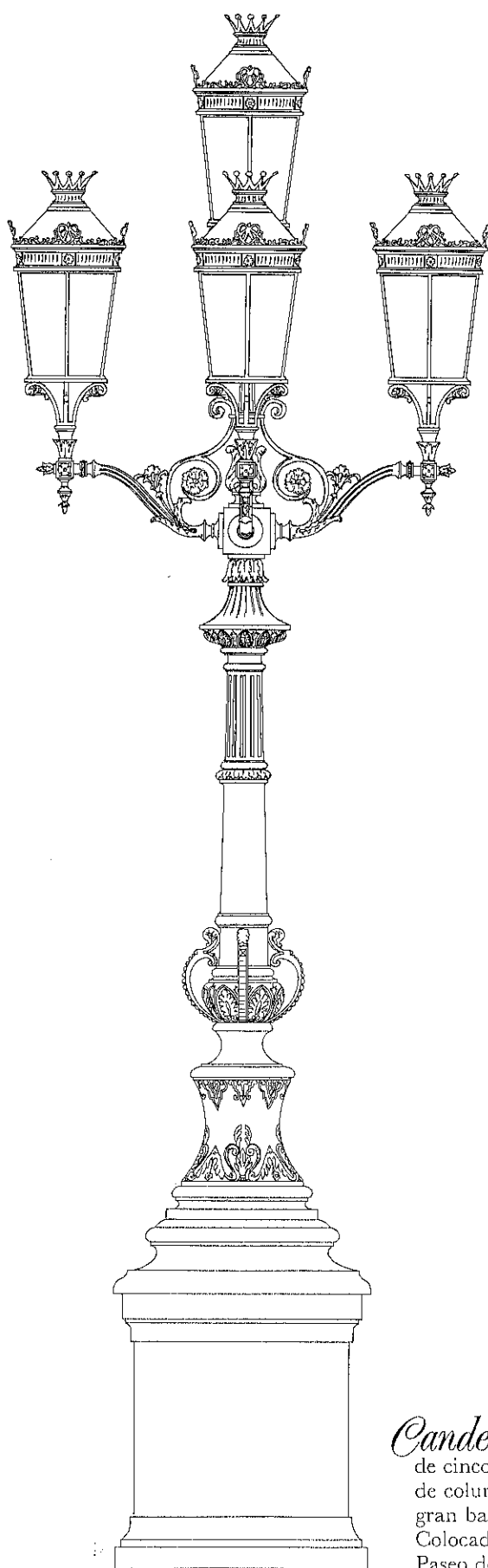
Candelabro

de cinco faroles circulares coronados
de columna de fuste estriado.
Colocado actualmente
(plaza Antonio Maura).



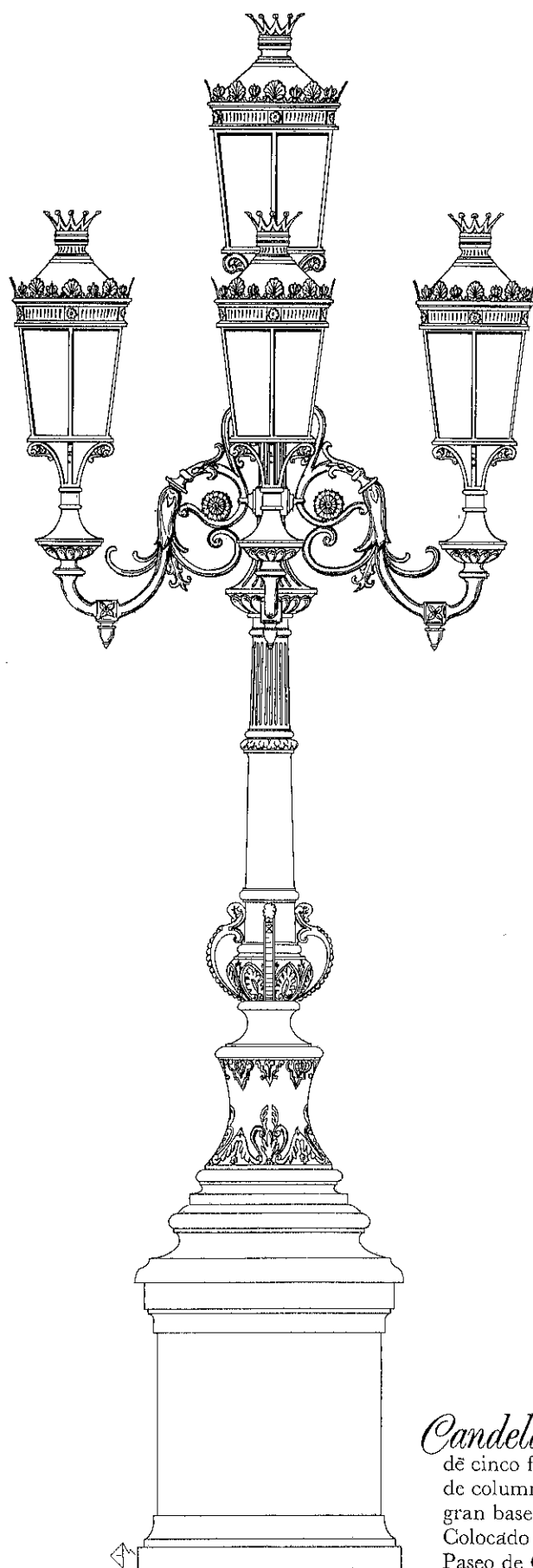
Candelabro

de cinco faroles circulares coronados
de columna con fuste ornamentado
y gran base.
Colocado actualmente (Ramblas,
Paseo de Gracia).



Candelabro

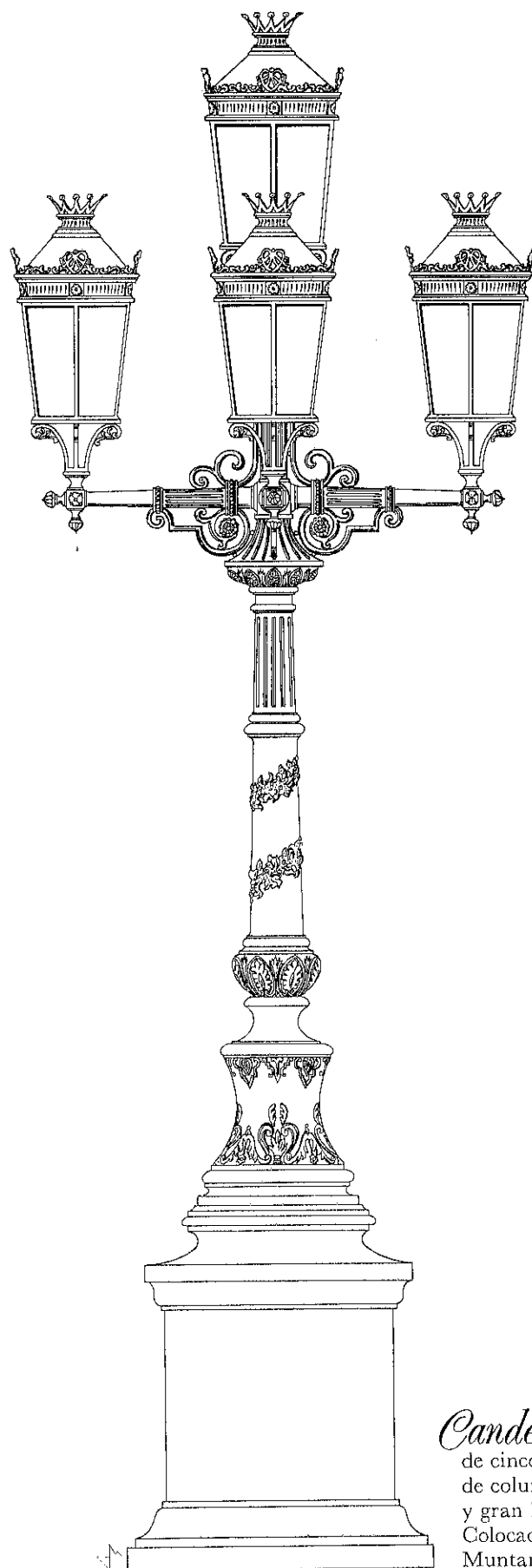
de cinco faroles circulares coronados
de columna con fuste liso, asas y
gran base.
Colocado actualmente (Ramblas,
Paseo de Gracia).



Candelabro

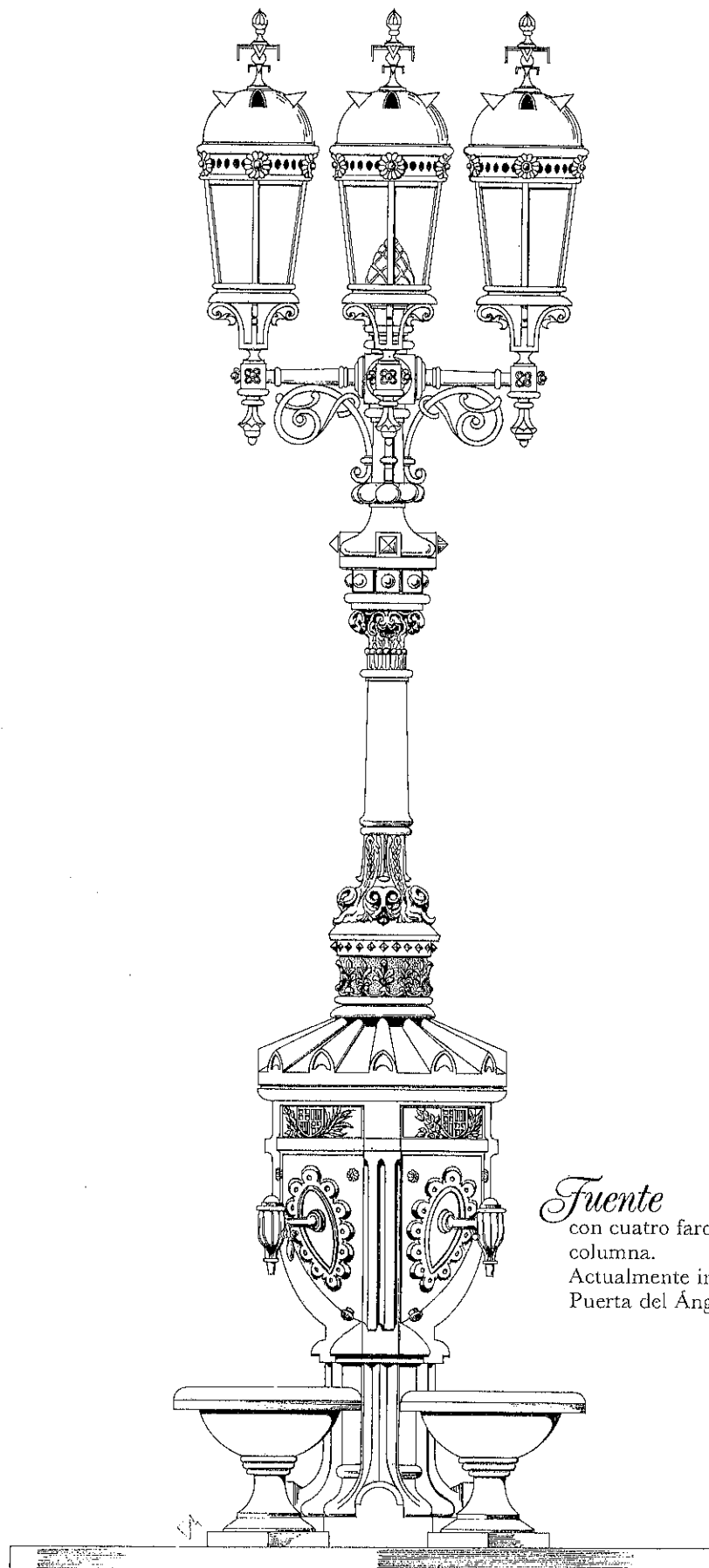
dē cinco faroles circulares coronados
de columna con fuste liso, asas y
gran base.

Colocado actualmente (Ramblas,
Paseo de Gracia).



Candelabro

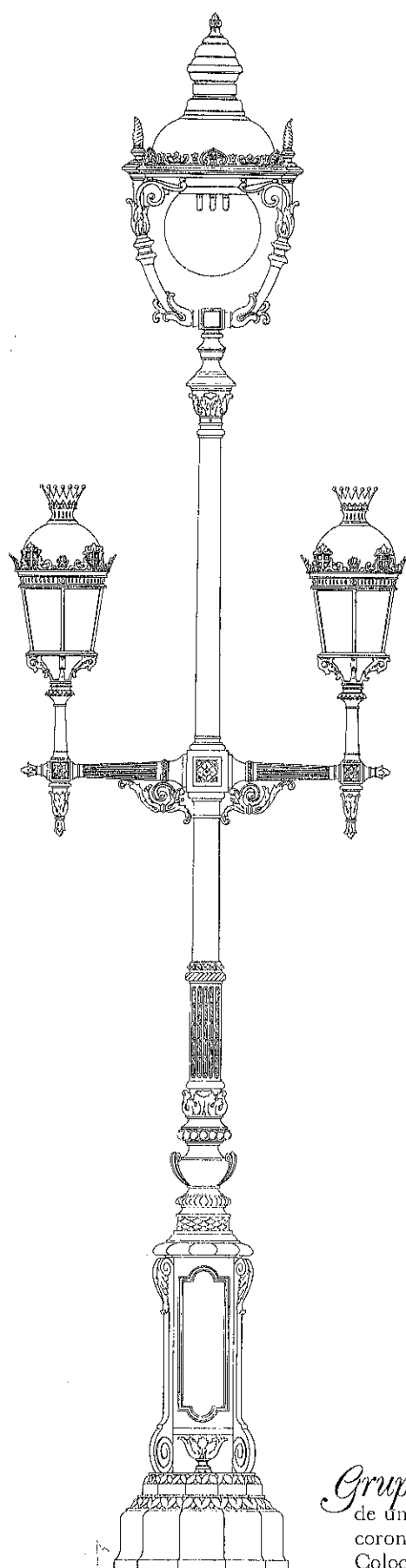
de cinco faroles circulares coronados
de columna con fuste ornamentado
y gran base.
Colocado actualmente (Gran Vía,
Muntaner).



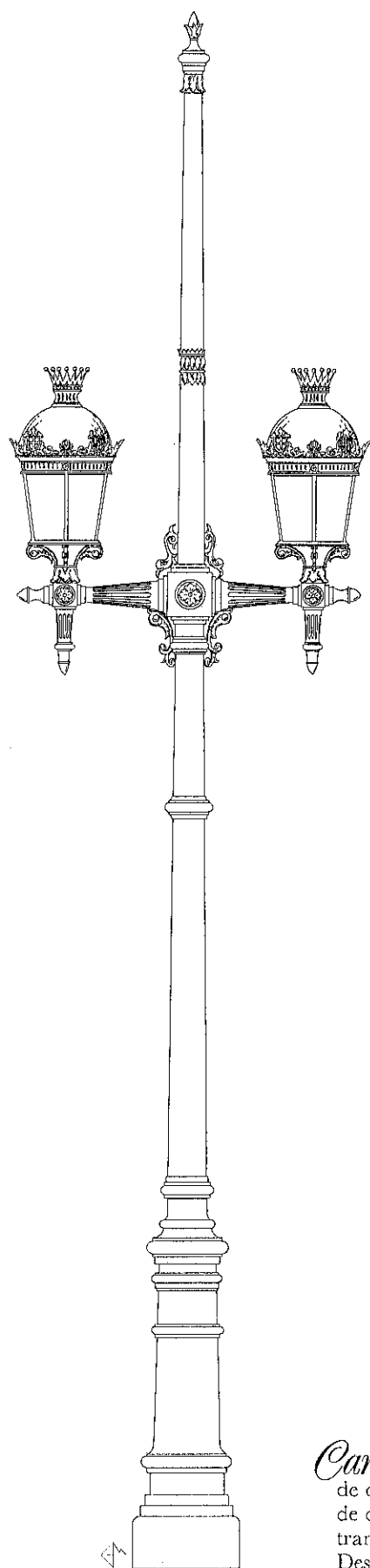
Fuente

con cuatro faroles circulares de columna.

Actualmente instalada (Ramblas, Puerta del Ángel, Gran Vía).

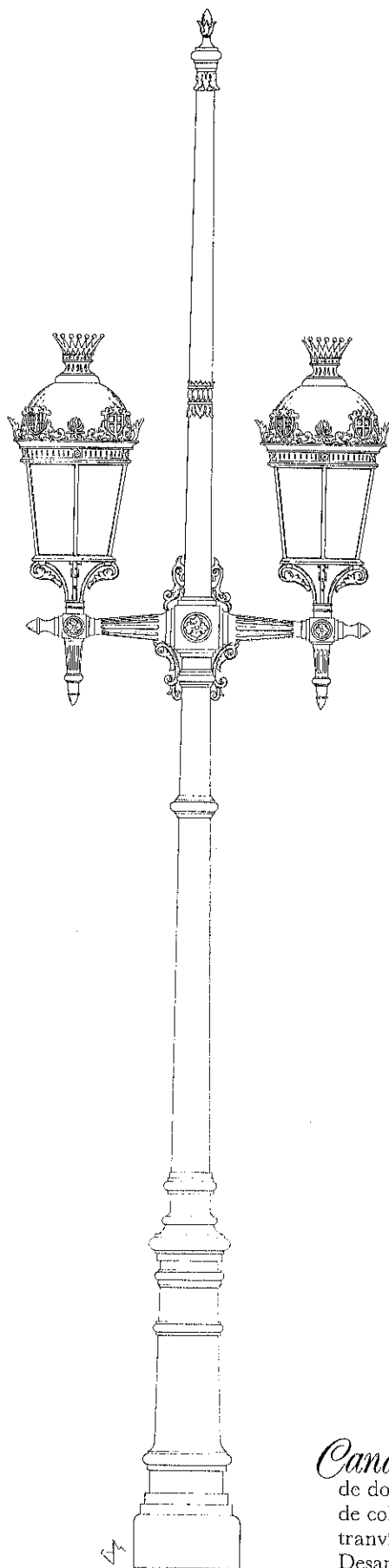


Grupo mixto
de un farol de lira y dos circulares
coronados y de columna.
Colocado actualmente (Diagonal).



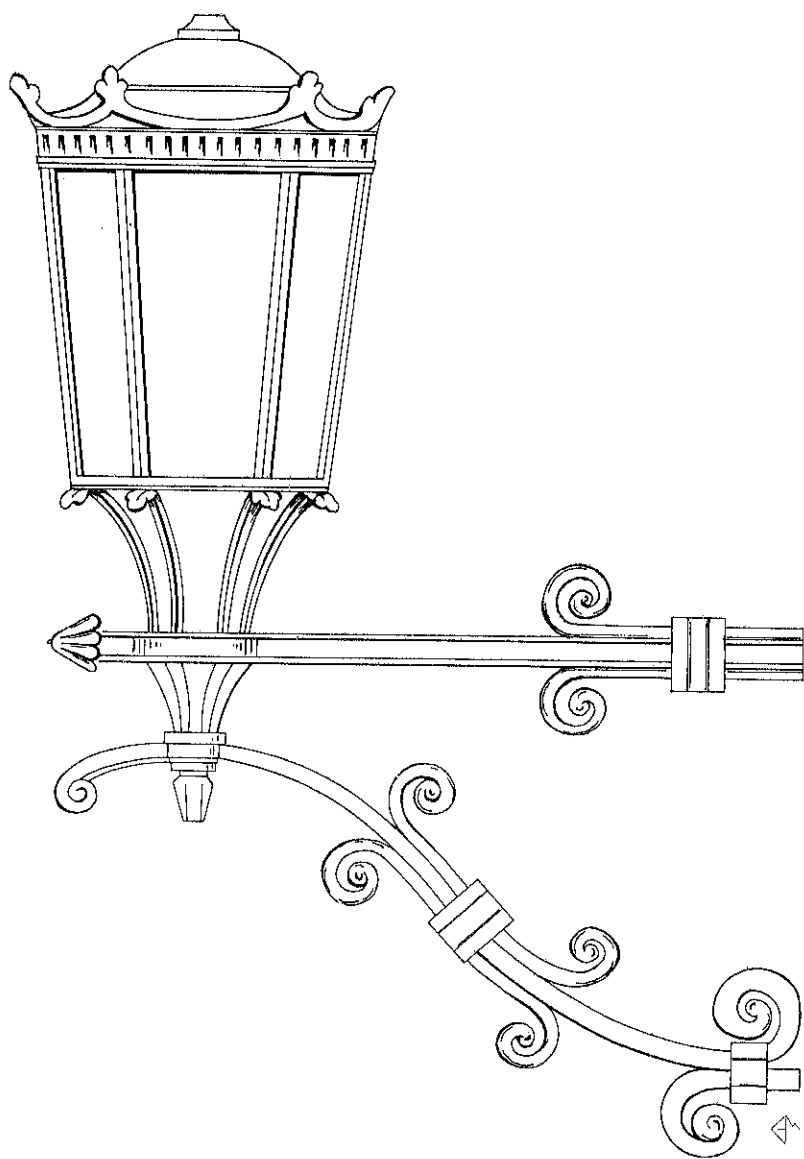
Candelabro

de dos faroles circulares coronados
de columna soporte de cables para
tranvías.
Desaparecido.



Candelabro

de dos faroles circulares coronados
de columna soporte de cables para
tranvías.
Desaparecido.



Farol mural
hexagonal de hierro forjado.
Colocado actualmente
(Barrio gótico).

RELACIÓN DE FAROLAS

Farol mural con linterna tipo "Montmartre".
Colocado actualmente (Barrio antiguo).

Farol mural con linterna hexagonal coronada.
Colocado actualmente (Petritxol).

Farol mural con globo colgante coronado.
Colocado actualmente (Princesa, Merced, Zaragoza, etc.).

Farol mural con 2 globos colgantes coronados.
Colocados actualmente (Jaime I).

Farol mural con 3 globos colgantes coronados.
Colocado actualmente (Mayor de Gracia).

Farol de columna circular gran tamaño.
Desaparecido. (Plaza del Padró).

Farol de columna con soporte para escalera.
Desaparecido por 1924.

Farol de columna de fuste ornamentado.
Desaparecido por 1924.

Farol de columna de fuste ornamentado y con remate
de un casco superpuesto.
Desaparecido por 1900.

Farol-buzón.
Desaparecido por 1913.

Farol de columna hexagonal coronado.
Desaparecido. (Plaza Real hacia 1900).

Farol de columna hexagonal coronado.
Colocado actualmente (Pedralbes).

Farol de columna cuadrado.
Colocado actualmente (Pedralbes).

Farol de columna suplementada circular coronado.
Colocado actualmente (Pedralbes).

Farol de columna circular coronado.
Colocado actualmente en el patio del Ateneo Barcelonés.

Farol de columna con capitel circular coronado.
Colocado actualmente (Rambla de Cataluña).

Farol de columna con capitel circular coronado.
Gran altura.
Colocado actualmente (Rambla de Cataluña, Vía
Layetana).

Farol de columna. Farol de lira.
Colocado actualmente (Puerta del Ángel).

Farol de columna suplementada. Farol de lira.
Desaparecido.

Farol de columna suplementada. Farol de lira.
Desaparecido.

Farol de columna. Farol de lira.
Colocado actualmente (plaza Palacio, Dolores
Monserdà).

Farol de columna hexagonal coronado con motivos
vegetales en el capitel.
Desaparecido (fachada de la Catedral).

Farol de columna con capitel circular coronado.
Colocado actualmente (plaza de Cataluña).

Candelabro de tres faroles circulares coronados de
columna con suplemento.
Colocado actualmente (plaza Real).

Candelabro de tres faroles circulares coronados de
columna de fuste ornamentado.
Colocado actualmente (plazas Universidad y Real).

Candelabro de cinco faroles hexagonales coronados de
columna y amplia base.
Colocado actualmente (plaza de San Jaime).

Candelabro de cinco faroles circulares coronados de
columna de fuste estriado.
Colocado actualmente (plaza Antonio Maura).

Candelabro de cinco faroles circulares coronados de
columna con fuste ornamentado y gran base.
Colocado actualmente (Ramblas, Paseo de Gracia).

Candelabro de cinco faroles circulares coronados de
columna con fuste liso, asas y gran base.
Colocado actualmente (Ramblas, Paseo de Gracia).

Candelabro de cinco faroles circulares coronados de
columna con fuste liso, asas y gran base.
Colocado actualmente (Ramblas, Paseo de Gracia).

Candelabro de cinco faroles circulares coronados de
columna con fuste ornamentado y gran base.
Colocado actualmente (Gran Vía, Muntaner).

Fuente con cuatro faroles circulares de columna.
Actualmente instalada (Ramblas, Puerta del Ángel,
Gran Vía).

Grupo mixto de un farol de lira y dos circulares
coronados y de columna.
Colocado actualmente (Diagonal).

Candelabro de dos faroles circulares coronados de
columnas soporte de cables para tranvías.
Desaparecido.

Candelabro de dos faroles circulares coronados de
columna soporte de cables para tranvías.
Desaparecido.

Farol mural hexagonal de hierro forjado.
Colocado actualmente (Barrio gótico).

Este libro terminóse de imprimir
el día 24 de noviembre de 1976, a los
150 años y cinco meses de la iniciación
del alumbrado de gas en España.
Dicha efemérides tuvo lugar en una de las aulas
de dibujo de la Escuela de Artes y Oficios
de la Lonja de Barcelona.

